LIBRARY OF CONGRESS
1800

Class D16
Book R5

Julián Ribera

Lo científico en la Historia

IMPRENTA DE P. APALATEGUI
POZAS, 12 • • MADRID • • 1906

262
1896

Lo científico en la Historia

Otras obras del autor.

Orígenes del Justicia de Aragón, 5 pesetas.

Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, segunda edición, 1 peseta.

La supresión de los exámenes, 1 peseta.

El ministro de Instrucción pública en la cuestión de Marruecos, 1 peseta.

El ministro de Estado en la cuestión de Marruecos, 1 peseta.

Los exámenes en China ó filosofía de los exámenes, 1 peseta. *(Obra humorística.)*

Index librorum de diversis scientiarum ordinibus de Abenjair. Obra en árabe, publicada en colaboración con D. Francisco Codera. Dos tomos, 24 pesetas.

Textos aljamiados, por *Gil, Ribera* y *Sánchez*, 3 pesetas.

Julián Ribera y Tarrago

Lo científico en la Historia

IMPRENTA DE P. APALATEGUI
POZAS, 12 • • MADRID • • 1906

D16
.R5

ES PROPIEDAD

89312
ok

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Cuando en la REVISTA DE ARAGÓN, *que en Zaragoza publicábamos, hubo de formalizarse la Sección de Historia, nos propusimos el señor Ibarra y yo enterar al público de las modernas direcciones que habían tomado los estu-*

dios históricos; y, al efecto, comencé yo por informar acerca de la excelente labor científica que llevaba á cabo la muy docta y reciente REVISTA DE SÍNTESIS HISTÓRICA, *que ve la luz pública en París; mas lo que al principio fué unicamente propósito de información sobre trabajos ajenos, vino á parar, al fin, en exposición de mis ideas personales, respecto al más interesante problema que se discutía por entonces: «¿Es ciencia ó no es ciencia la historia?» Y casi sin querer, poco á poco, insensiblemente, llegó á formarse un cuerpo de doctrina ó sistema, si no es presunción calificar de tal modo á este conjunto de artículos de revista.*

Los amigos los han juzgado con benevolencia y me excitan á que los publique á parte, para que resulte más fácil y cómoda su lectura y vulgarización.

Ese juicio y ese deseo me halagan mucho, ¿por qué negarlo?; y me obligan á gratitud; y los agradezco; pero no las tengo todas conmigo: temo hacer un mal negocio, perdiendo todo lo que cueste de imprimir; estoy un poco escarmentado.

Pero, en fin, no quiero escarmentar todavía; el público que haga lo que se le anteje. Me doy por satisfecho si llegan á leerme con in-

terés una docena de personas á quienes regale este librito. Cada cual se divierte á su manera: unos, con juergas y jaranas; otros, en casinos y teatros...; yo, publicando libros que nadie lee. En paz.

I

¿Qué es historia?

En qué están de acuerdo los que tratan de estas materias y en qué hay divergencia de opiniones.—Del criterio que se tenga respecto á ciertos puntos fundamentales, se han de derivar diferencias en la definición.

Hace ya tiempo que deseábamos comunicar á nuestros lectores amplias noticias acerca de la interesante y útil labor que lleva á cabo en el mundo científico una muy notable revista bimestral de París, que comenzó á publicarse en Julio del 900, dirigida por D. Enrique Berr y titulada *Revue de Synthèse historique,* la cual, fiel á los propósitos expuestos en su primer número, inserta doctos artículos sobre muy importantes materias, á saber, método de las diversas ciencias históricas, psicología de algunos pueblos, grandes síntesis de sólidas

investigaciones, etc., etc. Pero escribir dos parrafillos con las fórmulas de rúbrica, ponderando su valía y diciendo que todo aficionado á investigaciones históricas en España debe tenerla en su despacho, etc., nos parece débil testimonio de respeto á publicación tan preciada; creemos significarle mejor la admiración que nos producen sus trabajos, asociándonos á ellos en la medida que las escasas fuerzas de una Revista provincial española (1) permiten. Y lo hacemos con gran gusto é interés, no sólo porque nuestras aficiones á ello nos impulsan, sino también porque juzgamos muy oportuno el llamar hacia cuestiones tales la atención de los eruditos de esta tierra, donde vivimos multitud de gente dedicada á la rebusca de lo pequeño, perdiéndonos en el laberinto de lo menudo é insustancial, con lo que se malean las más felices disposiciones, por no abrir los ojos hacia horizontes más vastos y por no nutrir nuestros espíritus con la médula de ciencia más viva y de especulaciones más elevadas.

---

(1) *Revista de Aragón.*

En la Revista de Síntesis Histórica se ha entablado discusión, ó mejor dicho, se ha abierto información, acerca de *qué es historia*. En ella han intervenido principalmente el sabio historiador rumano, autor de *Les principes fondamentaux de l'histoire*, señor Xenopol, y el muy discreto, agudo y claro Sr. Lacombe, autor de la obra *De l'histoire considerée comme science;* el suizo señor Rickert ha expuesto elucubraciones muy sutiles acerca de los *cuatro modos de lo universal en la historia;* y también se han transcrito últimamente extractos de un erudito y muy metódico trabajo del italiano D. Pascual Villari.

A decir verdad, todos se han mostrado conformes en considerar la historia como ciencia; pero difieren en punto esencial: en los fundamentos científicos de la misma.

Es cosa digna de meditación para el hombre reflexivo: por la curiosidad que en todo tiempo ha excitado; por el interés que ha ofrecido siempre; por la importancia de los objetos de que trata, es la historia una de las materias respecto á las cuales importa á los hombres tener ideas exactas y pre-

cisas; sin embargo, en casi ninguna disciplina del espíritu se han mantenido más indecisiones, dudas y vaguedades. Sólo al que haya aprendido en las escuelas alguna de las mil definiciones torpes con que suelen encabezarse los libritos de texto, no le habrán ocurrido dudas respecto á la naturaleza de tales conocimientos; con repetir una fórmula, cuyo alcance no se percibe, salen del paso: el que sólo mira la superficie de los asuntos, no sufre perplejidades.

Todo se discute en materias históricas.

Discútese su objeto propio: hay quien dejándose llevar de la tradicional tendencia á inscribir en los libros históricos la relación de los acontecimientos que atañen á la gobernación de los pueblos, apenas encuentra digno de ser estudiado más que lo político; otros, fijándose en la inmediata dependencia en que vive el hombre, de los medios de subsistir, propenden por ver únicamente los fenómenos económicos; otros ciñen la historia á lo exclusivamente sociológico; otros, impresionados por el orden en que suelen exponerse los acontecimientos pasados, juzgan sólo como objeto ó ma-

teria de la historia los cambios y transformaciones sucesivas de las cosas, lo individual, lo que no se repite; y otros extienden el campo á todo lo que pueda esclarecer la marcha de las civilizaciones, hasta concretar en vaguísimas fórmulas el contenido de la historia: todo hecho que pueda mostrar el espíritu de la humanidad en el espacio y el tiempo.

Discútese el orden ó modo de exposición: quien sólo acostumbra á mirar la relación de los hechos pasados en el orden en que se sucedieron, no concibe que haya historia que no sea narrada como una anécdota ó un cuento; los que apenas han atendido á explicarse el estado actual de cosas (que es lo que de más cerca les interesa), han propuesto que se escriba regresivamente, es decir, exponiendo, primero, lo ocurrido en este siglo, y buscando luego los antecedentes y causas en lo del anterior, siempre hacia atrás; y hasta hay quien, disgustado por la falta de exactitud que se observa en ciertos escritores populares, que fabrican historia de ligero, refiriendo lo que les viene al magín, ó aprovechando cualquier noticia to-

mada de cualquier parte para exponerla en forma personalísima y subjetiva, proponen estrafalariamente, como ideal de composición histórica, el no decir nada, sino plantar los documentos originales en escena, quedando fuera de las tablas el historiador, como el que dirige un teatro de fantoches.

Tampoco se ha logrado unidad de pareceres acerca del fin para que se escribe la historia: á éste se le figura que no debe cumplir ella más objeto que el de entretener los ocios de los desocupados, como los relatos maravillosos de las mil y una noches que un ragüí musulmán narra, en la plaza pública ó en el mercado, á una embobada multitud de moros puestos en cuclillas; aquél se dedica á confeccionar historia á retazos, como pega sellos ó tarjetas postales el aficionado á quien mueve la vanidad de la moda; otro, más concienzudo y serio, escribe para que la experiencia de los hechos pasados nos dé la norma de vida en lo porvenir; algunos, con más espíritu científico, ponen toda la intensidad de su trabajo mental en averiguar las leyes del desarrollo de las sociedades; y, por fin, hay quien desea hacer de la

historia un estudio generalísimo, de mucho alcance, considerando á toda la humanidad de todos los tiempos y lugares como un individuo cuyas entrañas examina para escudriñar los secretos resortes por que se rige, y procurando rastrear por ellos las intenciones recónditas de la mente divina en la hora de la creación.

Claro es que cada cual, conforme con los diversos fines á que aspira, admite, práctica ó teóricamente, diversos medios de investigación. ¿Qué precauciones críticas ha de tomar el que desea hacer efecto á todo trance, refiriendo cosas estupendas? Este busca en cualquier sitio y á cualquier precio lo sorprendente y raro, aunque sea evidentemente falso y mentiroso. ¿Con qué escrúpulos ha de proceder el vanidosillo coleccionista, si el excesivo rigor crítico únicamente sirve para menguar la importancia de su colección, quitando valor tal vez á los más preciados ejemplares? El filósofo que meramente pone la vista en los grandes rasgos, en los altos principios de donde ha de deducir, ¿no ha de desentenderse y olvidarse de las pequeñeces de la menuda in-

vestigación y el tanteo de los métodos? Preciso es confesar que son los menos aquellos que llevan recto espíritu científico á la difícil averiguación de los hechos pasados.

Esto explica el desprecio injusto y superficial con que los dedicados á otras disciplinas más fáciles, cuya base científica encontró la humanidad casi en su infancia, tratan á la historia, en la que al presente apenas parecen alborear las primeras claridades en sus fundamentos científicos.

Dados tales antecedentes, nadie extrañará que la historia sea definida de distinto modo, según que la materia, el fin y los métodos sean vistos ó comprendidos. Además, los terrenos de la historia son tan espaciosos y difíciles de limitar, que convidan á que una multitud de foragidos penetre en sus campos, con el fin, no de producir, sino de robar las cosechas, pisando los sembrados, arrebatando ingertos, arrancando plantaciones, en provecho de cualquier sistema, idea ó sandez preconcebida. Sería conveniente, pues, delimitarlos bien, fijando sólidos mojones y trazando líneas divisorias.

Creemos que si, en congreso reunidos, se les obligara á los historiadores á venir á un acuerdo, todos se mostrarían conformes en parte de lo esencial: 1.°, que la materia de la historia la constituyen únicamente los *hechos pasados;* y 2.°, éstos han de estar probados directa ó indirectamente por medio de testimonios que certifiquen la verdad. Ya es algo.

Quizá si se pusiera á discusión *qué hechos pasados* han de ser los más propios, ó qué aspecto de los mismos se ha de estudiar, las opiniones se dividirían inmediatamente; ni aun se unificarían los pareceres respecto á la naturaleza y límites del conocimiento histórico; de manera que si se hiciera la inocente preguntilla ¿la historia es ciencia ó arte?, á seguida separaríanse en dos bandos: los que sintieran demasiado vivas las remembranzas del pasado, pleitearían porque se considerara únicamente como arte; y los que se olvidan del pasado por mirar los nuevos horizontes abiertos á estas disciplinas, decidiríanse por considerar exclusivamente el aspecto científico.

Y como en palenque abierto á toda dis-

cusión cada cual puede informar según bien le pareciere, nos proponemos de ahora en adelante en la *Revista* no sólo poner al corriente á nuestros lectores de las opiniones más autorizadas que al presente se disputan la primacía, sino expresar con franqueza nuestra opinión sobre los puntos más discutidos. Y aprovecharemos la oportunidad para ocuparnos en los métodos de investigación y composición históricas, según nuestro sentir, ya que el concepto que de ellos se forme, depende de la diversa manera de concebir la historia (1).

Después de todo es la primera labor que debiera efectuarse en la reciente fundada Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras; bien que sea de lamentar el que los poderes públicos no hayan cuidado de instituir clase ni asignatura que tenga por especial objeto esta primera iniciación. Si Dios no lo remedia, continuaremos con las mismas rutinas, algo más ampliadas y aparatosas que las que seguíamos en la an-

(1) Esta labor efectuarán, con más lucidez y amplitud que yo, mis excelentes amigos Sres. Altamira é Ibarra, en la nueva revista *Cultura Española*.

tigua y pobre Facultad. A los jóvenes que vengan á matricularse, no se les dará ningún tiempo para probar sus aptitudes; muchos aun creerán que es cosa corrida y fácil, la de dedicarse á estudios que sólo exigen memoria de acontecimientos y fechas, siendo así que la misma vaguedad que reina en tales asuntos impone mayor disciplina científica: inteligencias muy lógicas y entendimientos avezados á rigurosos métodos científicos; disposiciones morales bien templadas (pues se trata de investigar la verdad seca, caiga quien caiga y aunque tiemblen los tradicionales ídolos); agudeza y sagacidad psicológica muy fina (pues los historiadores no observan directamente los hechos, si no es por las incompletas y escasas huellas que ellos dejan, y á veces á través del juicio ajeno); hábitos de trabajo en pesadas y lentas averiguaciones; y discreción para no elegir puerilidades como objeto de investigación: no es el oficio á propósito para los aficionados al *dolce far niente* que imaginan hacer obra histórica dejándose llevar de las ligeras impresiones que á primera vista producen los documentos.

De todo esto se han de enterar los que deseen iniciarse; no sea que por donde piensen subir al pináculo de su renombre y fama, encuentren el derrumbadero que precipita al abismo de lo ridículo.

II

¿Es ciencia ó arte la historia?

Tentativas para constituir la historia ciencia. No se ha llegado á la unanimidad de opinión. Yo creo que la historia nunca será ciencia.

Calificamos de inocente la preguntilla en el artículo anterior, faltando tal vez á la tiesa y encopetada seriedad con que de ordinario se tratan en este país las materias científicas; pero lo hice para que nadie suponga que gusto de sentarme en el trípode y de hablar con tonos sibilinos, á lo catedrático, á fin de esconder bajo un planchado y fofo ropaje las canillas flacas de mi ingenio: he creído siempre que es bueno hablar clarito en todos los asuntos, aun á riesgo de que parezcan vulgaridades los más elevados conceptos; y no sólo por dirigirse á un público nada especialista, al que ha de agradarle que le expongan las cuestiones en

lenguaje llano que se entienda sin esfuerzo, sino también dirigiéndose á los mayores sabios del mundo, pues precisamente entre ellos suelen mantenerse, y en muchos casos perdurar, los disentimientos y las disputas, por la sencilla razón de que no se comprenden unos á otros; por eso evitaré en la medida de mis fuerzas todo tecnicismo escolástico, el cual, si es bueno y hasta se impone cuando el término técnico expresa una noción no vulgar ó una verdad bien definida y comúnmente aceptada, es impertinente y aun dañoso cuando la ciencia está en formación, sin nada definitivo: los matices nuevos no se infiltran en las cabezas, sino expresándolos con palabras de todos conocidas. Y aun no basta la claridad en los términos, es preciso en ocasiones hacer análisis vulgares y nimias, sobre todo en materias dudosas, discutidas ó difíciles, en las cuales conviene partir de ideas comunes, simples y precisas.

La pregunta se puso á la orden del día desde que menudearon los ensayos de filosofía de la historia, y más al organizarse los estudios sociológicos, es decir, cuando

se determinaron bien claras las tendencias y esfuerzos para hacer una ciencia de la historia.

A cada persona producirá distinta reacción mental en el cerebro; á mí, si he de hablar con entera sinceridad, la pregunta (hecha por quien se imagina la historia como relación de hechos pasados) me produce el mismo efecto que si se me preguntara: «un palacio ó un monumento ¿es ciencia ó arte?» A esto todo el mundo sabe contestar: «un palacio, un monumento, por grandioso, excelso ó bonito que sea, no puede constituir ciencia ni arte; á lo más será el resultado de actividades artísticas, guiadas por cerebros cuyos conocimientos podrán calificarse ó nó de científicos, según que la manera de saber que ellos tengan sea científica ó nó.

Con lo cual se quiere decir que la ciencia está únicamente en el entendimiento de ciertas personas, y que todo saber no es ciencia. La geometría, v. g., en los comienzos, cuando el pequeño número de verdades que encerraba eran aprendidas como preparación al oficio de agrimensor ó de arqui-

tecto, no era ciencia; sólo cuando estas verdades fueron pensadas con separación de sus aplicaciones y reunidas por geómetras griegos en cuerpo de doctrina teórica, pudo decirse que en esos cerebros la geometría es ciencia y que sus conocimientos son científicos. Después han continuado los agrimensores y arquitectos poseyendo las mismas verdades; unos, meramente empíricas, en cuanto les guían en la práctica de su oficio; otros las tendrán científicas; aun hoy mismo la geometría, como ciencia, puede decirse que se alberga sólo en algunos cerebros.

Hagamos la prueba: presentemos al patán un libro en que se hayan consignado en forma científica las verdades geométricas; ese patán no advertirá diferencia alguna entre la geometría y un libro de rezo; sólo percibe unas cuantas hojas encuadernadas en cartón y llenas de garabatos; y aunque leyese letras y palabras, no entendería una jota de lo que allí se escribe; otro más ilustrado comprenderá fragmentaria y parcialmente algunos enunciados, sin notar la coordinación del sistema; y hasta habrá quie-

nes los aprovechen para las operaciones de medir un campo, etc.; todos ésos no saben ciencia; la geometría, como conjunto sistematizado de verdades relacionadas, se mantiene viva por aquellos entendimientos en que se ofrezcan tales verdades en sus relaciones mutuas.

Cosa parecida debe de ocurrir á la historia: antes de que nadie pensara en si puede ó no constituir ciencia, escribíase historia: en muchos infolios se referían acontecimientos pasados, para satisfacer el ansia y la curiosidad, muy natural en los hombres, de saber las cosas de su familia, de su pueblo ó de su raza y aun las de la humanidad entera; pero ¿ha vivido en el mundo el cerebro ó los cerebros que, habiendo recogido ó averiguado las verdades propias exclusivamente de la historia, las hayan coordinado, sistematizado ú ordenado en forma tal, que pueda decirse ahora que los conocimientos que han recibido esa denominación de historia, constituyan una ciencia, en la acepción común, aplicable á toda ciencia de cuya naturaleza no se dude?

Por falta de materia, seguramente que no

es; ella trata, por decirlo así, lo humano y lo divino, al extremo que algunos han afirmado que la historia es un modo especial de concebir lo existente; por otra parte toda materia, á mi juicio, se presta á ser conocida por modo científico; sólo falta que existan hombres que hayan tenido la dicha de alcanzar esa manera científica de conocer.

En realidad son muchos los que presumen de haber constituido la ciencia histórica, en todo ó en parte; pero sin duda alguna no han logrado expresar sus ideas de modo bastante eficaz para que los demás las reconozcan y admitan como científicas. Y ¿de qué sirve que venga al mundo un superhombre ó semidiós de fuerza intuitiva descomunal ó de espíritu observador y discursivo tan penetrante que logre altísimos conocimientos, si estos son intransmisibles, porque no puedan ser comprendidos? Si en verdad ha existido ese cerebro, su ciencia ha vivido con su vida, y ha muerto con su muerte. Preciso es, pues, que la ciencia histórica se constituya con verdades que, al ser expuestas, se transmitan á otros enten-

dimientos, los cuales las acepten como materia científica.

De la generosa falange de sabios de primer orden que trabajaron en lo que dió en llamarse filosofía de la historia, no sólo han salido construcciones sistemáticas apriorísticas diferentes, sino que llegaron á conclusiones totalmente contrarias, bien que de conformidad con los sistemas filosóficos de que venían á formar parte integrante: Bosuet, Montesquieu, Turgot, Voltaire, Condorcet, Guizot, Comte, Tocqueville, etc., en Francia; Léibnitz, Léssing, Hérder, Kant, Fichte, Schélling, Schlégel, Krause, Hégel, etcétera, en Alemania, etc., etc.

Tras esa larga procesión de nombres que hacen surgir en la mente, aun de los menos eruditos, el recuerdo de elevadas y poderosas inteligencias al servicio de la historia como ciencia, he aquí unos cuantos votos de calidad:

Schopenháuer, que niega positivamente á la historia la condición de ciencia, dice: «Le falta el carácter fundamental, á saber, la subordinación de los hechos conocidos... En historia no hay sistema, como en todas

las demás ciencias; la historia es un saber, no es una ciencia... Las ciencias son sistemas de nociones generales, tratan siempre de géneros; la historia, de cosas individuales».

Lo peor es que de la opinión de Schopenháuer participan muy grandes pensadores:

Buckle: «La historia presenta ese aspecto de confusión y de anarquía, natural en materia cuyas leyes son desconocidas y cuya base aun no se ha establecido».

Bourdeau: «La historia no será admitida al rango de ciencia, sino cuando, como ellas, haya probado aptitud para constituir leyes».

Benjamín Kidd afirma que, «á pesar de los progresos recientemente llevados á efecto en Alemania y en Inglaterra, las generalizaciones en forma de leyes faltan casi completamente en los conocimientos históricos».

Ottokar Lorenz afirma: «No poseemos hoy ni principios fundamentales ni dirección reconocida en la historia».

Droysen: «Hay que confesar que aunque los estudios históricos han tomado parte en el movimiento intelectual de nuestra época,

la historia no ha establecido aún su teoría y su sistema».

El mismo Seignobos, en obra reciente, emite dudas acerca del carácter científico de la disciplina que forma el objeto de sus ocupaciones, y dice: «La historia es ciencia tan rudimentaria, si seriamente se la puede llamar ciencia, que ni siquiera tiene vocabulario técnico».

Sin embargo, y dígase lo que se quiera de la historia, nadie podrá negar un hecho certísimo: esas tentativas para descubrir las leyes del orden que gobierna los asuntos humanos, han renovado casi todos los estudios, y los métodos históricos han prestado servicios inmensos á la ciencia: han proporcionado ocasión para que se comprenda de modo muy amplio y generalísimo á la humanidad, al verla desde alturas y á distancias en que se aprecia de manera más acabada el conjunto; han descubierto nuevas direcciones para estudiar mejor los hechos sociales, v. gr., las lenguas, cuyo conocimiento se ha iluminado intensamente al estudiar sus transformaciones y su vida; la psicología humana se ha rejuvene-

cido afirmándose sobre bases inconmovibles, al comprobar los efectos de la acción del hombre en las mitologías, literaturas, etcétera; el oreo histórico hasta ha renovado la misma filosofía, el derecho, las ciencias morales, que con éxito creciente han adoptado el método histórico; la sociología, seguramente es hija de la historia y de ella se va nutriendo.

¿Y esa disciplina que posee tamañas virtudes, de eficacia para remozar todos los conocimientos; que ofrece á los hombres de hoy lo pensado, dicho ó hecho por los inteligentes y no inteligentes de todos los pueblos en todas las edades, y estudia hasta la manera histórica de formarse toda ciencia, no es ciencia?

Por tal la tuve hasta no hace mucho tiempo, dejándome llevar de impresiones recibidas en pacientes lecturas, seguidas de largas meditaciones; y aun fuí lo bastante osado para exponer un esbozo de teoría en un librito que publiqué tratando de los *Orígenes del Justicia de Aragón;* he de confesar, sin embargo, que fuí débil ante las influencias de Flint, Lacombe, Xenopol y

otros autores que con lucidez exquisita y agudísimo ingenio han renovado la cuestión en nuestros días; mas, si he de expresarme ingenuamente, he de decir que, leyendo los nuevos alegatos que han visto la luz pública en la Revista de Síntesis Histórica, se han derrumbado las antiguas convicciones y me han entrado dudas y perplejidades, por haber comparado de cerca y puesto frente á frente, como dos polos, la opinión de los dos últimos autores mencionados. La polémica (si así puede llamarse el culto disentimiento expresado en forma muy civil y muy urbana) por ambos sostenida, pone en evidencia los abismos que separan á los que desinteresadamente y sin prejuicios, por distintas sendas, quieren encontrar los fundamentos científicos de la historia. El acuerdo no es fácil.

Nuevas reflexiones me han llevado por caminos nuevos: hoy creo que la historia ni es, ni ha sido, ni será nunca ciencia. Pero antes de exponer mi modo de sentir, bueno será que el lector se entere de las opiniones más autorizadas, para que él á su vez, forme juicio personal mejor informado.

III

De la Historia como ciencia.

Crítica de las opiniones del Sr. Lacombe, el cual, al pretender constituir la historia ciencia, confúndela con la psicología.

Este llamativo rótulo puso por título (1) el docto escritor Sr. Lacombe á un libro suyo publicado tiempo hace, en el que expone su manera de ver en la cuestión que nos ocupa. La claridad y viveza de su estilo, la exactitud de algunos de sus juicios personales, la modestia con que á veces se explica (diciéndonos que no pretende constituir la historia como ciencia, sino estudiar el aspecto científico que ella puede ofrecer), y el orden con que aparece redactada la obra, atraen la simpatía y preparan al asen-

(1) *De l'histoire considerée comme science.* París, Hachette et Cie., 1894.

timiento en la primera lectura; pero si uno se detiene y concentra la atención para extraer ó fijar bien las ideas principales sobre las que funda la construcción científica, advierte que toda la claridad y exactitud de ciertas partes no bastan á cubrir la desarmonía del conjunto.

No es de extrañar: las dificultades del problema obligan á tanteos y probaturas que colocan al entendimiento en situación inquieta, insegura, que le expone á la duda y á veces á las contradicciones.

Para el Sr. Lacombe la historia es océano sin límites, un mar hinchado de hechos heterogéneos y variadísimos; realidad tan enorme, tan compleja y tan confusa, que el espíritu, al contemplarla, se aturde; en tal caso, si la observación ha de ser eficaz, no hay más remedio que circunscribir el terreno, disminuir la masa, eliminar lo superfluo, abstraer lo útil; urge aligerar al espíritu del peso que le abruma; se impone hacer ciencia á la historia; para ello debemos tratar, no de los hechos directamente, sino de poner en evidencia las semejanzas que ofrecen; cada semejanza probada es una di-

visión, alivio del entendimiento humano. Ciencia es: conjunto de verdades ó proposiciones que enuncian una semejanza constante entre tales y tales fenómenos; por tanto, para hacer ciencia á la historia es preciso estudiar los hechos, fijándose exclusivamente en el aspecto por el cual tienen semejanzas unos con otros, pues mirados por el aspecto que los hace singulares ó únicos, son refractarios á toda ciencia: lo que á la inteligencia aparece como heterogéneo, no se presta á conocimiento científico.

El Sr. Lacombe presume haber llegado á fijar con limpieza la siguiente distinción: todo hecho verificado por un hombre ofrece semejanzas indudables con los que otros hombres verifican: estos hechos, en cuanto son semejantes entre sí, constituyen lo que él llama *institución:* en cuanto son mirados como singulares ó distintos, pueden llamarse *acontecimientos*.

Para hacer más comprensible estas ideas á nuestros lectores, pondré de cuenta mía un vulgar ejemplo: «Fulano visita á Mengano para darle el pésame por la muerte de

su padre». Considerado este hecho como semejante á otros muchos que otros hombres verifican, entra en la categoría de *institución:* las visitas, costumbre generalísima en toda sociedad; estudiado este hecho en un orden de generalidad descendente, puede entrar en la categoría de *institución* más concreta: visitas de duelo. Y, claro, el hecho es singularísimo en cuanto se considera que el que hace la visita es ese Fulano de tal, quien la recibe es Mengano de cual, en un día determinado y á una hora y momento de ese día, por la muerte de ese Zutano. En este sentido, la visita se ejecuta una sola vez, y no puede repetirse la misma visita en idénticas condiciones.

La historia como ciencia debe ceñirse, según el Sr. Lacombe: primero, al estudio de las instituciones, las cuales constituyen su principal objeto; segundo, al de los acontecimientos, en cuanto de éstos se derive una institución nueva. El hecho, mirado por el aspecto según el cual es único, constituye tarea exclusiva del erudito y no del historiador.

El Sr. Lacombe no se para ahí: quiere

que la historia no se forme con generalizaciones empíricas de semejanzas de fenómenos; desea que se investiguen además las causas, para que el conocimiento histórico obtenga superior rango científico; y como cree que la historia se compone exclusivamente de actos individuales, es decir, efectuados por individuos, por hombres singulares, encuentra la explicación científica de todo suceso histórico en sus causas primeras, en los móviles humanos y, por consecuencia, en los principios de la psicología, hasta el punto de afirmar que una semejanza histórica no se explicará ni será *verdad* (conocimiento científico) si no se refiere á verdades generales de esa ciencia; es decir, que «la psicología encierra por de pronto la explicación de la historia». «La psicología se presta á doble uso; se puede ir de ella á la historia, ó volver de la historia á ella; practicar el método inductivo y ascendente, ó el deductivo y descendente.» Recíprocamente: «la historia ha servido mucho para fundar la psicología; la historia ha sido largamente consultada cuando se han querido abstraer los grandes rasgos gene-

rales de la humanidad. Ahora continúa á diario prestándole sus buenos oficios. La historia sirve para precisar y comprobar las verdades psicológicas». Y ve en aquello de los estados *religioso, metafísico* y *científico* que implícitamente formuló Turgot y desarrolló Comte, el reconocimiento del *verdadero método histórico de recurrir necesariamente á la psicología.* Aun más: la psicología ofrecerá al historiador un criterio, una piedra de toque, pues el conocimiento de la manera constante de obrar del hombre (que la psicología proporciona, por ser el hombre general el objeto de esa ciencia) permite comprobar la posibilidad ó probabilidad de las aserciones que los analistas traen; los eruditos que desconocen la naturaleza humana se han creído las mayores paparruchas.

De consiguiente, el Sr. Lacombe prescribe, como reglas de proceder en problemas históricos, el comenzar estableciendo la psicología del punto, afirmando que «ésa es la marcha más segura». Las cuestiones históricas deben ser tratadas en orden de generalidad decreciente: lo más general, prime-

ro; lo menos general ó más complejo, al fin.

El Sr. Lacombe para nada mienta en su obra los procedimientos de investigación y crítica de documentos, etc.; el preocuparse de todas esas menudencias constituye la faena del erudito, el cual debe ser intendente del historiador, el que proporciona las primeras materias; «el erudito debe ceñir su ambición á la tarea meritoria y difícil de comprobar los hechos, sin meterse en psicologías», porque, á su parecer, la psicología ha de ser inútil al erudito.

Según se colige, el Sr. Lacombe se figura al erudito así como un jornalero ó peón que acarrea materiales, al que hay que halagar, para que no se aburra de servir en oficios tan humildes, diciéndole que su labor es digna de ser apreciada y que su oficio es bastante honroso y útil. El historiador ya es diferente: éste aplica á los hechos que la erudición le proporciona los métodos científicos de inducción, de concordancia, de diferencia, de variaciones concomitantes, separadamente ó todos juntos, según los casos. El historiador científico viene á ser como ingeniero, cargo superior al de erudito.

Esta concepción de la historia ciencia está expresada con mucha claridad repetidas veces en la obra del Sr. Lacombe, por lo cual se puede afirmar, sin miedo de error, que, entendida de ese modo la historia, no es cosa distinta de la psicología; explicar los hechos ocurridos en lo pasado por los principios de una ciencia, no es constituir, ni siquiera denota haber vislumbrado, ciencia nueva diferente de aquella cuyos principios se utilizan: nadie ha pensado que puede constituir ni formar ciencia distinta de la física, la explicación de fenómenos físicos por los principios de la ciencia física.

El Sr. Lacombe, no sólo confunde la historia con la psicología, sino también, en ciertos momentos, la confunde con otras totalmente diferentes. Para él la historia científica no es la filosofía de la historia que se fraguó en Alemania: «los alemanes imaginaron que la humanidad, considerada en su conjunto, podría desarrollarse por virtud de una fuerza íntima, comparable á la que obliga á un árbol, un animal, á alcanzar cierta estatura, á llenar ciertas formas, realizar su tipo»; considera que la filosofía de

la historia se ha metido en una senda falsa, la cual ha sabido evitar la sociología; y una sociología que no se fundara únicamente en el conocimiento de los pueblos salvajes, sino también en el estudio de los pueblos civilizados, ésa es la historia ciencia para el señor Lacombe; en el prólogo lo declara taxativamente (1), y lo da á entender en casi todas las páginas de su libro, en particular al establecer la distinción fundamental entre *instituciones* y *acontecimientos*. Se ve, pues, que concibe la historia científica, no á la manera ordinaria, según la cual «comprende, en círculo mal cerrado, elementos rebeldes á la investigación de causas, del mismo modo que contiene elementos rebeldes á la semejanza», sino como una sociología de

(1) «Puisqu' il n' existe à nos yeux que deux ordres de travaux, répondant l' un à la recherche de la réalité, l' autre à la recherche de la verité, érudition d' un part, histoire ou sociologie, d' autre part, nous aurions pu mettre ici partout, à la place d' histoire, le mot sociologie, d' autant mieux qu' il semble destiné à prévaloir. Nous avons cependant résolu de conserver le terme d' histoire... Avec le titre de sociologie, mon ouvrage courait risque d' eloigner tout d' abord les hommes qui font de l' érudition ou de l' histoire dans le sens ordinaire du mot.»

ancha base, asentada sobre el estudio de las instituciones de pueblos en todo grado de cultura, en la que, desde luego, se obtengan generalizaciones empíricas (que constituyen ciencia en el primer grado), y después se expliquen todos los fenómenos, por los móviles psíquicos individuales (de que trata la psicología).

Todo esto, á mi entender, ó no quiere decir nada, ó significa que para el Sr. Lacombe la sociología ha de ser una parte de la psicología, en la cual se estudien los móviles á que obedece el hombre en su conducta dentro de la sociedad.

Habiéndose circunscrito á ese aspecto parcial del problema, se explica bien la claridad de la exposición, hecha por un observador fino y penetrante y escritor fácil é ingenioso: son muy dignas de leerse y aun de meditarse muchas de sus aseveraciones; pero no debemos ocultar que ha huido, quizá de propósito, de meterse en consideraciones más transcendentales á que parece le obligaba, por lo menos, el título de su obra; ni ha cuidado con mucho esmero de armonizar sus vistas parciales, de lo cual

se han derivado ligeras contradicciones (1).

El Sr. Lacombe no hace entrar en el término *historia* otros conocimientos que el de los hechos humanos, ni se ha percatado de que su distinción fundamental de *instituciones* y *acontecimientos*, está supuesta y definida con mucha claridad en toda ciencia desde el tiempo de Aristóteles ó quizá antes; ni cuida de señalar á la historia el puesto que le corresponda en la clasificación de las ciencias, para definirla y diferenciarla de las otras.

Polo opuesto al Sr. Lacombe, nos lo ofrece el Sr. Xenopol.

---

(1) Ejemplos. Dice en un lugar, con olvido de las exigencias de la crítica documental, que á los eruditos es inútil la psicología; en cambio, en otros lugares les achaca, con sobra de razón, que desconocen algunos la naturaleza humana, por lo cual se han expuesto á creer lo increible. Aconseja que se proceda por generalidad decreciente; y luego impugna como entes de razón, las ideas de raza, pueblo, ejército, nobleza, etcétera. Él no ve en historia y en sociología, más que actos individuales yuxtapuestos, más ó menos semejantes; y cree que la causa de todo son los móviles psíquicos individuales (esto es hacer dependiente á la historia de la psicología); y luego afirma que un fenómeno histórico ó social tiene por causa otro fenómeno social que le precede necesariamente (lo cual es hacer independiente de la psicología á la historia).

IV

Los principios fundamentales de la Historia

Crítica de las opiniones del historiador rumano señor Xenopol, el cual sostiene que la historia constituye uno de los dos modos universales de concebir el mundo: el modo de sucesión.

Tal es el título de la obra (1) en que el distinguido historiador rumano Sr. Xenopol expone su particular teoría acerca del carácter y objeto de la ciencia histórica. Lo voluminoso del libro, la muchedumbre de datos, citas y referencias allí reunidos, lo abstracto y metafórico de los términos empleados, lo tortuoso y oscuro de la senda por la que el autor conduce muchas veces la investigación, no permiten enterarse de

(1) Les principes fondamentaux de l' histoire, par A. D. Xenopol. París, Leroux, 1899.

modo cabal, con una simple lectura, de la complicada y nueva teoría; ni es posible dar, en cuatro párrafos, sumaria cuenta del contenido, en forma susceptible de ser entendida. Casi todos los sistemas de filosofía de la historia y de sociología están en ese libro expuestos y criticados científicamente, aun los que merecen desdén; y las especiales ideas del autor, formadas por trabajo personal y propio, aparecen sin limpidez, turbias y revueltas, como líquido fermentado que no ha podido desprenderse todavía de los posos que produce la fermentación.

Tendremos que dedicarle forzosamente más de un artículo; por otra parte, la materia y los méritos del autor lo exigen.

El Sr. Xenopol no se contenta con mirar un aspecto parcial del problema, ¡ca!; le ha dado cien vueltas para estudiarlo y resolverlo todo de una vez, sentando los principios sobre los cuales descansa el conocimiento histórico; se ha propuesto demostrar el carácter científico de este conocimiento y defenderlo de las injustas imputaciones que de todas partes han dirigido con-

tra él; en una palabra, quiere constituir la ciencia de la historia.

En el arte de exponer los hechos pasados hay lo que en muchas artes humanas: práctica y teoría. Los labradores riegan la tierra, abren los surcos y arrojan la semilla, sin darse cuenta de las verdades científicas en que se basa la explotación del suelo; los albañiles acarrean materiales y construyen, sin acordarse de las leyes abstractas del equilibrio: los músicos cantan, y tocan todos los instrumentos, sin haberse enterado de las leyes de la armonía; de la misma manera cronistas é historiadores han referido los hechos sin haberse parado á examinar el fundamento científico en que su labor reposa. El Sr. Xenopol se ha propuesto que la historia disfrute en lo sucesivo de las mismas ventajas que las otras artes poseen, estableciendo su sistema y fundando la teoría de la historia.

Dicho está con ello que su libro no ha de ser un tratado de metodología histórica: esto sería considerar la historia por su aspecto práctico; sino que es un análisis filosófico de los principios sobre que descansa

el conocimiento de lo pasado; y no sólo lo pasado de la humanidad, ó del espíritu humano, sino también del resto de la naturaleza, á la cual no es posible negar que tiene su historia.

Al sentir de Xenopol, todos los hombres de ciencia que de este asunto han tratado, han cometido graves errores por haber confundido lastimosameate dos cosas bien distintas, á saber: el modo de manifestación de los hechos *coexistentes*, y el modo de manifestación de los hechos *sucesivos*. «Para darse cuenta exacta de la índole de la ciencia histórica es preciso partir de esta distinción fundamental», base de todo el sistema del Sr. Xenopol.

«El espacio y el tiempo, nos dice, son las dos grandes formas en las cuales vienen á colocarse todos los hechos del universo. Estas dos formas, reales y existentes, percibidas y abstraídas de la realidad por nuestra inteligencia, no son únicamente categorías *à priori* de nuestro entendimiento, como quiere Kant. Nuestra razón no es más que el reflejo de la razón universal de las cosas. El espacio está fuera de nosotros, y el tiem-

po corre con independencia de nosotros. Sin esta concepción fundamental, la historia no será más que una inmensa fantasmagoría.»

Con estos y otros parrafitos de la misma laya comienza nuestro autor, para llegar á la principal distinción entre hechos *coexistentes* y hechos *sucesivos* (1).

Son los primeros, aquellos que la inteligencia humana percibe como existentes unos al lado de los otros en el espacio. Estos mismos, considerados en su desarrollo á través del tiempo, constituyen hechos sucesivos. Es decir, hechos coexistentes son los que se encuentran en relación de coexistencia; hechos sucesivos los que se encuentran en relación de sucesión.

---

(1) Hemos de notar que el Sr. Xenopol, en trabajo posterior á su voluminosa obra, en un artículo inserto en la Revista de Síntesis Histórica de París (t. II, p. 269), sustituye el término *coexistencia* por el de *repetición*, abandonando el primero; y el de *sucesión* por el de *repetición diferenciada*. No obstante, á pesar del cambio de tecnicismo, mantiene las mismas ideas, aunque las palabras envuelvan sentido muy diverso. Las últimamente adoptadas sugieren idea de *semejanza* y *desemejanza*, que son los términos científicos que responden mejor al modo de entender la ciencia aquellos *pensadores* que, según Xenopol, han errado lastimosamente.

Estas palabras que parecen encerrar un concepto sencillo, mera tautología, se hacen difíciles de comprender desde el instante en que el Sr. Xenopol las aclara por medio de ejemplos; entre otros pone el siguiente: «el movimiento de rotación de la tierra sobre su eje, es fenómeno de coexistencia, lo mismo que su revolución anual alrededor del sol». Estos fenómenos, á primera vista, todo el mundo los ha considerado como *sucesivos*, puesto que han servido para marcar el tiempo en todos los calendarios. No obstante, el Sr. Xenopol tiene bien averiguado que son hechos coexistentes, porque si bien es verdad que para dar vuelta la tierra alrededor del sol es preciso el tiempo de un año, nadie negará que ese movimiento es producto de fuerzas coexistentes que obran de continuo; por eso la rotación se repite de modo incesante. «La repetición de esos fenómenos, dice Xenopol, no es *sucesión;* al contrario, es un solo y único fenómeno repetido al infinito. El tiempo que gasta la tierra en sus rotaciones es necesario para la *manifestación* del movimiento, y de ninguna manera para su *producción.*»

(A veces yo me figuro que los grandes sabios, para mostrar habilidades, hacen con las ideas lo que los prestidigitadores de plaza ejecutan con bolitas de papel: un escamoteo.)

Otro ejemplito para aclarar el concepto de los hechos coexistentes:

«Los chinos constituyen un pueblo estacionario: su vida transcurre en el tiempo; sin embargo, todos los hechos intelectuales de este pueblo son hechos coexistentes, puesto que desde muchos siglos se repiten sin que apenas ofrezcan cambio alguno.»

Se ve que el Sr. Xenopol abandona la sencilla idea de *coexistencia* expuesta al principio y aplica el término «á todo hecho que se repite de continuo, sin cambios apreciables, bien porque esta repetición se haga en el espacio de una manera simultánea, bien sea en el tiempo, un hecho tras otro, ó bien bajo las dos formas á la vez».

Penetrando por la enmarañada selva de las páginas de su libro, se encuentra uno con que los *hechos sucesivos* tampoco son aquellos que van unos tras otros, así de cualquier manera, sino que, para conside-

rarlos como tales, es preciso que ofrezcan cambios continuos en el transcurso del tiempo. Los fenómenos astronómicos no son *sucesivos,* porque «la idea de uniformidad de sucesión es imposible de concebir; la sucesión no está nunca compuesta de uniformidades, sino siempre de diferencias»; «la sucesión no existe allí donde los fenómenos se siguen unos á otros en el curso del tiempo, de manera semejante».

Como ejemplos de *hechos sucesivos,* es decir, de *repetición diferenciada,* pone: la sucesión de las rocas terrestres de estratificaciones cuya constitución es diferente; las transformaciones de las lenguas; la sucesión de las batallas en una guerra; la de artistas de una escuela de pintura, etc.

Estas sucesiones se operan por repetición, pero por repetición diferenciada, *en las cuales la característica es la diferencia que las distingue.*

Las verdades matemáticas, las leyes de la psicología, las de la química, las de la física, por referirse todas á hechos coexistentes, han sido en todo tiempo las mismas, y todos los fenómenos que ellas estudian se

cumplen de la misma manera siempre: un pedazo de madera flotará sobre las aguas en París, lo mismo que en Constantinopla, Pekín y en todas partes, y ha flotado en tiempos de los romanos, griegos y fenicios, y flotará *probablemente* (así dice Xenopol) en los tiempos futuros; mas los hechos sucesivos, que se caracterizan por las diferencias, son distintos siempre. De todo esto se deduce que la producción de los hechos coexistentes podrá ser expresada mediante fórmula general aplicable á todo caso, ó ley de coexistencia, la cual, según Xenopol, expresará «una manifestación de las fuerzas de la naturaleza, por reproducción regular, permanente y eterna de los fenómenos físicos, vitales é intelectuales; regularidad que no sufre absolutamente ninguna excepción»; mientras que «todo ensayo de formular leyes reales de desarrollo, leyes que reproduzcan el modo de manifestación de fenómenos sucesivos, ó leyes que los expliquen, no conducirá á resultado alguno».

Tenemos, pues, dos maneras de ver las cosas de este mundo: si nos fijamos exclusivamente en la semejanza que presentan

unos fenómenos con otros, podemos considerarlos como la repetición de un solo y único hecho, repetido con regularidad constante; y será objeto de las ciencias que tratan de los hechos coexistentes: las matemáticas, lógica, física, química, etc., etc ; y si nos fijamos en las diferencias que presentan en el transcurso del tiempo, sin regularidad constante, cambiando siempre, entonces serán objeto de la historia, «*ésta, pues, constituye uno de los dos modos universales de concebir el mundo, el modo de la sucesión frente al modo de la repetición*».

¿Pero cómo, dirán nuestros lectores, puede fundarse una ciencia sobre diferencias solas, característica de los hechos sucesivos, si toda ciencia se forma de verdades generales ó universales y la generalización se logra únicamente fijándose en las semejanzas indudables que se observan en los fenómenos?

El Sr. Xenopol no se apura por dificultades de este jaez: si la manera tradicional de definir la ciencia no consiente que la historia, tal como él la concibe, pueda entrar en esa categoría, no hay más que decir: los

sabios han definido mal la ciencia, puesto que se han dejado en la parte de afuera á las historias; todos los pensadores del mundo se han equivocado al dar una definición menguada y estrechísima de la ciencia; es preciso que la noción se ensanche; debe hacerse más comprensiva; hay que abrir la manga, á fin de meter holgada y cómodamente cierta categoría de conocimientos cuya defensa he tomado á mi cargo; me propongo constituir la ciencia de la historia; pues bien, ya que á la historia le faltan las condiciones necesarias para obtener ese noble calificativo de ciencia, democraticemos el título; hagamos descender ese concepto á *todo conocimiento verídico* y *probado,* aunque no sea general ni universal; y de ese modo ya podrán llamarse *ciencias históricas* á los conocimientos que tengamos de los hechos sucesivos.

Esto, todo el mundo pensará, no es constituir la ciencia de la historia, es únicamente romper y quebrar la noción de ciencia. Si alguien pretendiera meter todas las aguas del mar en un cántaro y, al ver que no caben, lo rompiese en mil trozos y los arroja-

ra y dijera después: «toda la tierra es un cántaro», ¿quién le había de creer? Desde ahora, si la teoría del Sr. Xenopol se admite, ya no llamaremos ciencia á un sistema de verdades generales, sino á todo conocimiento verdadero de cuya certidumbre se presenten pruebas, aunque ese conocer tenga por objeto un fenómeno puramente individual ó único; porque, según dice Xenopol, lo esencial del conocimiento científico no es la universalidad, puesto que hay verdades generales ó universales que todo el mundo conoce, sin que tal conocimiento sea científico, v. g., la regularidad de las estaciones, la del día y la noche, etc.; la verdadera distinción entre la verdad científica y la verdad práctica consiste sólo en la circunstancia de que la primera está *probada,* mientras que la segunda *no;* y cita á Bain (quien no le agradecerá la oportunidad del recuerdo), el cual afirma que el hombre científico no sólo aprovecha los métodos vulgares de descubrir, sino un sistema especial de instrumentos, un conjunto de medios para evidenciarse de la verdad de lo que sabe.

Pero como pruebas de la verdad de sus conocimientos, en una ú otra forma, las pueden presentar los paletos lo mismo que los hombres de ciencia, ya se encarga el señor Xenopol de entornar el postigo para que no entren en el recinto de la ciencia los juicios verdaderos que formen las personas iletradas, y dice: por el término *verdad,* entiéndase *concepto puramente intelectual y no impresiones recibidas por los sentidos.* Con esto ya le parece haber construido una tapia, una línea divisoria infranqueable para la gente menuda ó de escaso caletre, la cual, de seguro, no puede presentar otra prueba de las verdades que tiene en su cabeza, si no es decir: lo he visto, lo he tocado, ó lo he oído.

No le basta al Sr. Xenopol romper el concepto de ciencia para que quepa dentro de esa denominación la historia, sino que es preciso además adjudicar á ésta un especial procedimiento lógico. «En las ciencias de hechos coexistentes (como la química, física, etc.) la verdad se establece por operaciones lógicas de inducción y deducción, las cuales suponen la marcha uniforme de la

naturaleza, en la que los fenómenos se repiten sin alteración notable; mas en la historia, donde las cosas cambian de continuo, no puede admitirse la marcha uniforme; por tanto, la base de la inducción falta. La historia, al enlazar únicamente hechos individuales unos con otros, y su encadenamiento de manera individual, una sola vez en el curso del tiempo, no permite jamás que se apliquen la inducción ni la deducción, sino la *inferencia,* operación del entendimiento que consiste en concluir la existencia de un hecho no probado por otro probado.» (Y aquí no cita á Bain, el cual, en el mismo capítulo de su *Lógica* en que se halla la frase anteriormente citada por Xenopol, dice: «La única garantía de esta inferencia es la uniformidad de la naturaleza».)

El Sr. Xenopol, después de haber descubierto esta veta de procedimientos lógicos aplicables á su ciencia histórica, se dedica á la científica labor de clasificarlos, bautizándolos con sus correspondientes términos técnicos; pues bien merece la invención el honor de un tecnicismo. Así la inferencia será: *remontante,* si el hecho que se trata

de descubrir es anterior al sabido, v. gr., cuando se infiere la muerte de un rey por la firma de su hijo, puesta en los documentos públicos; *lateral,* cuando coexisten dos hechos, uno sabido y otro por saber que se quiere averiguar, v. gr., cuando de la existencia de un metal en un país donde faltan las minas, se infiere la importación de tierra extraña; y *descendente,* v. gr., sabida la muerte de un personaje, inferir como falsas las noticias que los cronistas dan acerca de él en tiempos posteriores.

No se crea, sin embargo, que el Sr. Xenopol dé mucho valor al procedimiento lógico de la inferencia: «en historia el efecto no sale jamás necesariamente de la causa, *porque ésta puede originar varios resultados* (¡...!), *de los cuales el que se realiza viene á ser el único necesario por consecuencia de su realización;* he ahí, por qué todas las inferencias no pueden conducir más que á verdades hipotéticas ó probables».

¿Al Sr. Xenopol no se le cae el alma á los pies al constituir una ciencia cuyos métodos lógicos van á parar únicamente á lo hipotético ó á lo probable? ¿Con ese criterio

es posible que la inteligencia humana descanse y se aquiete creyendo en la verdad y certeza de los conocimientos adquiridos de ese modo?

Nuestro autor echa un remiendo al decir que esa inferencia es hipótesis susceptible de prueba posterior y, por consiguiente, hay que demostrar la verdad del supuesto con los medios de prueba que la historia posee. Y hete aquí á todo el edificio de la ciencia histórica fundado en su terreno más peligroso, sobre el lado más débil.

No hay que negar, sin embargo, al señor Xenopol alguna habilidad ó destreza para eludir ciertas internas dificultades, envolviéndose en la penumbra de su estilo metafórico, y hasta para salvar cómodamente los escollos evidentes con que tropieza en su camino para constituir la ciencia histórica; mas también ha de reconocerse que no ha podido todavía adquirir el arte necesario para desenmarañar la urdimbre de sus propios pensamientos. Si se hubiera contentado con afirmar que toda verdad probada de cualquier modo constituye ciencia, aun debía perdonársele como un capri-

cho ó genialidad; pero el caso es que no se satisface con eso; quiere dar á la historia un rango superior, sin duda, al de las ciencias de los fenómenos coexistentes, pues dice:

«Las ciencias de los fenómenos coexistentes (tales como la química, la física, etcétera), estudian el *cómo*, y dejan á menudo el *por qué*; tienen la ventaja de poder reconstituir los hechos reales; pero en ellas el campo de la causalidad es reducido. En cambio, si bien es incontestable que los hechos históricos son más difíciles de reconstituir, y que el conocimiento de lo histórico es mediato y no intuitivo, y que los hechos pasados no existen como acciones y se reconstruyen por las huellas de su existencia, de las cuales sólo algunas se ven intuitivamente, v. gr., las conchas en las cimas de los montes, la hulla en las profundidades de la tierra (para la geología), los esqueletos fósiles (para la paleontología) y las inscripciones y monumentos (para la historia propiamente dicha); también se ha de decir, que en estas ciencias de los fenómenos sucesivos (las históricas), *el campo de la cau-*

salidad es más extenso, y esta causalidad la percibe directamente la inteligencia.» «Exponer la verdad y explicarla por sus causas, he ahí el objeto que debe perseguir la historia.»

El Sr. Xenopol, en su ardiente entusiasmo por favorecer á la historia, le da una alteza ahora que antes implícitamente le negó. ¿No ha dicho que en la historia no caben los procedimientos lógicos de inducción y deducción y que sólo puede usarse de la inferencia de particular á particular? ¿Y cómo pueden investigarse las causas sin previas generalizaciones que sirvan de garantía al entendimiento, para que éste se certifique de que la relación de los fenómenos entre sí, como causa y efecto, sea verdadera? Si la historia es ciencia de causas, preciso es usar de inducción y deducción; para esto ha de creerse, como fundamento principal, en la uniformidad de la naturaleza; y la definición de ciencia que antes quebró y rompió, debe ser restaurada.

El Sr. Xenopol se ha metido en un callejón sin salida.

No obstante, deseo que á estas palabras

mías no se las crea desdeñosas para el señor Xenopol. Su labor produce en mi espíritu admiración y aun respeto. Así como han existido médicos insignes que se han sacrificado por el bien de sus semejantes yéndose á ciudades infestadas para estudiar las más terribles epidemias que afligen á la humanidad, y allí, en vez del remedio ajeno, han encontrado su propia muerte; de la misma manera hay trabajadores intelectuales que, por el ansia de hacer progresar á las ciencias, se meten en terrenos peligrosos; héroes del entendimiento, á quienes la excesiva tensión de espíritu produce vértigos, mareos y alucinaciones. El Sr. Xenopol fracasa porque la materia es muy rebelde: él ha probado la fuerza de sus facultades en obras de investigación de mucho mérito, que le acreditan de historiador distinguido; mas no se le ha dado la virtud de cambiar la naturaleza de las cosas: al cerebro le ocurre lo que al estómago: si se llena de materiales aptos para ser digeridos, con más ó menos dificultad, según su poder, el estómago los digiere; pero si le meten piedras ú otros objetos semejantes,

tras muchas desazones el estómago los arroja sin haber alterado las sustancias.

El Sr. Xenopol, en la intensidad de su tarea, ha padecido alucinaciones de espíritu: ha creído encontrar dos anteojos para ver las cosas de distinto modo que los mortales: el espacio y el tiempo; ¿quiere hacer un fenómeno sucesivo?, pues mira por el anteojo del tiempo; ¿quiere hacerlo coexistente?, mira por el del espacio.

Por lo demás, nuestro autor se halla enteradísimo de los trabajos modernos acerca de la materia, y en su libro ha reunido multitud de observaciones propias y ajenas muy dignas de leerse; pero á casi todas las ha impregnado del sentido de su teoría de lo sucesivo y lo coexistente, quitando muchas veces á las doctrinas ajenas el valor que tendrían dentro del sistema de los propios autores.

Es muy difícil seguir la cadena de los razonamientos del Sr. Xenopol para justificar sus últimas tesis, en las que da como resuelto que la historia, en definitiva, no es más que la sociología dinámica (hechos sociales sucesivos), mientras que la sociología

estática se halla constituída por verdades que se refieren á hechos sociales coexistentes. Los Sres. Lacombe y Seignobos, que han estudiado la obra para juzgarla, muestran en sus juicios que tampoco han visto clara la ilación.

Esta vana tentativa de un gran entendimiento, por lo menos sirve para escarmentar. Por mi parte he retrocedido en vez de adelantar en la dirección que antes llevaba, y se han modificado mis opiniones, las cuales no tendré ningún reparo de exponer en artículos sucesivos, aunque no valgan la pena de ser leídas.

V

Las ilusiones científicas en la Historia.

Políticos, moralistas, psicólogos, economistas y sociólogos creen que la historia es la ciencia particular que ellos profesan. Algunos creen que la historia será ciencia cuando se apliquen á su estudio los métodos científicos.

El acudir á la historia con miras puramente científicas es cosa moderna; y modernas, por consiguiente, las ilusiones de la inteligencia que por tal motivo hayan podido forjarse.

Éstas se originan casi siempre, como las ilusiones de los sentidos, de examinar los fenómenos por un solo aspecto, de observarlos desde posición única; y no se descubre la ilusión hasta que se atina en los medios críticos necesarios para rectificar los

juicios prematuros que se forman tras las primeras impresiones recibidas.

No me refiero á la ilusión que se produce en el entendimiento de aquellas personas que acuden á la historia con prejuicios de parcialidad, con el fin de probar las tesis de antemano aceptadas, v. g., la del teólogo moralista que en la historia sólo ve el dedo de la Providencia (no á la Providencia que preside al orden, regularidad y constancia de las leyes del universo, las cuales para ser conocidas requieren estudio sereno y científico, sino á la Providencia personificada en un Dios que acá en la tierra remunera siempre á los buenos y castiga á los malos) y busca con la mejor intención del mundo la causa de la caída de los imperios, en los vicios de los hombres, que inevitablemente han de traer por consecuencia los castigos del cielo; y, viceversa, explica la grandeza y prosperidad de las naciones por sus virtudes morales y el premio que éstas merecen. Me refiero precisamente á una ilusión cerrada y completa que se produce aun en el ánimo de los que, sin interés de parcialidad ni fanatismo de ninguna especie, estu-

dian la historia con el deseo más depurado de inquirir la verdad por los métodos más científicos.

Dos tipos ejemplares hemos notado en los artículos anteriores: el Sr. Lacombe y el Sr. Xenopol, los cuales han sufrido dos clases de ilusión bien calificada: 1.ª, la de considerar la historia como ciencia particular, por el hecho de hallarse en los principios de una particular ciencia la explicación parcial de lo ocurrido en los tiempos pasados; 2.ª, creer que la historia puede constituir ciencia, aparte de otras ciencias, bien por virtud de los métodos especiales que ella utiliza, bien por ceñirse á un aspecto singular que ofrecen los hechos que estudia.

De la primera puedo hablar con algún conocimiento de causa, por la razón sencilla de haber padecido personalmente esa ilusión durante mucho tiempo. No tengo inconveniente en confesar mis debilidades.

Hace algunos años me enfrasqué en largas investigaciones con el intento de probar los orígenes musulmanes del Justicia aragonés. El principal punto de apoyo de todas las argumentaciones fué el hecho psi-

cológico de la imitación. Al ver yo realizado en gran parte de las instituciones humanas ese fenómeno, de manera regular y constante, parecióme que toda la historia se iluminaba ante mis ojos convirtiéndose toda ella en ciencia; pero al notar después que otros, como Lacombe, sirviéndose de método semejante, aplicado para otros aspectos psicológicos, podían alegar con igual derecho las mismas pretensiones, descubrí la ilusión. Ahora sigo considerando como definitivo lo que entonces averigüé acerca del origen del Justicia; sigo creyendo que el principio de la imitación es transcendental en los actos humanos; mas he abandonado por completo la idea vana de que por tal medio la historia pueda convertirse en ciencia.

Porque la ilusión no está en ver realizados los principios de una ciencia en los hechos de la historia: ¿cómo no se han de realizar, si la ciencia de esos fenómenos precisamente ha debido nacer de la observación de la regularidad y constancia aparentes en los hechos pasados? La ilusión está en creer que por ese medio se hace la historia cien-

cia, cuando lo que ocurre es que de estudiar los hechos pasados nacen las ciencias. La historia, al dar materia de estudio á la mente humana, ofrece ocasión para que en esa mente se produzca el saber científico de los hechos; y la mente humana atribuye en cierto modo, por alucinación, á esos mismos hechos la cualidad de científicos, que es propia únicamente de los sujetos que los conocen.

Esta es la ilusión más generalizada entre los hombres de ciencia que se han dedicado á estas disciplinas: el psicólogo que estudie lo sucedido en el transcurso de las edades, no dejará de notar que los móviles de la naturaleza humana, ahora como siempre, son constantes y regulares, y sufre la ilulusión de que la historia se convierte en ciencia al explicar los hechos humanos por los principios de la psicología; el economista verá realizadas en todo fenómeno histórico de la humanidad las leyes cuyo conocimiento forma su ciencia, y cae en la tentación de afirmar que puede convertirse la historia en ciencia si los hechos pueden explicarse por esos principios económicos; ¿el

sociólogo no ha de pensar que la historia es pura sociología, si en los acontecimientos se ve muy clara la acción de las fuerzas sociales determinando la marcha de todos los pueblos? Hasta el filósofo, acostumbrado á las grandes síntesis, ha inventado una filosofía de la historia, ¡como si pudiera haber filosofía de lo presente distinta de la filosofía de lo pasado, que fué presente al tiempo de ocurrir!

Esa ilusión, sin embargo, no la padecen los que se dedican á ciencias que no tienen por objeto el hombre ó la sociedad; únicamente la sufren políticos, moralistas, psicólogos, economistas y sociólogos; nadie sostiene que la historia es ciencia matemática porque en los monumentos antiguos se vean realizadas las leyes matemáticas de la arquitectura.

Tampoco sufren esta ilusión los científicos que no han estudiado historia: esto es clarísimo; pero suelen participar de un error muy extendido, que consiste en creer que si la historia no es ciencia, deberáse á pura incapacidad ó impotencia de los historiadores.

De este error se ha derivado otra ilusión que han mantenido algunos hombres de ciencia que han querido transformar los estudios históricos: la de creer que si la historia no es ciencia, se debe á la aplicación de malos métodos. Ejemplo: el célebre historiador Buckle, el cual pensó haber encontrado el medio de transformar la historia en ciencia exacta, fundándola en la estadística; otros han sostenido que podría convertirse en ciencia natural, si se ciñese exclusivamente á estudiar las multitudes y lo general de los fenómenos, abandonando el lado individual de los hechos. La ilusión ha llegado al extremo de pretender explicar y reconstruir la civilización de los antiguos indios, por el arroz que los nutría; la de los egipcios, por los dátiles; la de los brasileños, por el maíz; y hasta se ha discutido seriamente si la caída del imperio romano se debió al desconocimiento del ácido fosfórico, que hubiera podido fertilizar las tierras agotadas del imperio.

Lo curioso es que cada uno, encastillado en el exclusivismo de su aspecto parcial, desprecia los ajenos: el artista achaca á los

científicos el haber rebajado la nobleza de la historia, al sacarla de la sublime esfera del arte; los hombres de ciencia desdeñan á los artistas, porque enturbian con falsedades la pureza de la verdad histórica. Unos dicen: Guerra á los escritores sin imaginación, incapaces de resucitar lo pasado como forma viviente. Otros: Guerra á los que sin estudios críticos ni minuciosas investigaciones llenan la historia de mentiras que trastornan las inteligencias.

Tengo por indudable que los hechos pasados, como los presentes, son campo abierto á toda operación mental; es terreno común á artistas y científicos; á éstos la historia ofrece variadas posiciones, diversos puntos de vista; unos, eminentes, para ver desde lejos y en conjunto las direcciones en la marcha de la humanidad por espacios dilatados; otros, más ceñidos, para examinar á su placer los menudos pormenores.

El hombre que camina por una carretera ve los objetos de alrededor uno á uno; el que mira desde un monte elevado aprecia, no sólo el zig-zag de la carretera, sino el conjunto de los valles, montes y ríos. Esas

diversas posiciones facilitan el estudio en todos los aspectos; mas no caigamos en la tentación de llamar *ciencia del monte* á la adquirida por observaciones hechas *desde el monte*, y *ciencia del llano* á la adquirida caminando por el valle. Por igual motivo no debe llamarse *ciencia histórica* á la ciencia adquirida por la historia.

Las ciencias particulares tienen su objeto propio, su campo limitado, su tecnicismo; sólo dos disciplinas hay á los extremos opuestos fuera de los puntos centrales que ocupan las ciencias: allá, en lo alto, la filosofía, difícil de precisar dónde empieza y dónde acaba; aquí abajo, en las raíces de toda ciencia, se halla otra disciplina difícil de definir, la historia; la primera aparece como el saber científico en las más elevadas concepciones del espíritu, en las más comprensivas generalizaciones; la segunda, como la observación de lo más particular y concreto de lo ya realizado en el mundo.

Toda observación, aun la del fenómeno más sencillo, exige que el fenómeno se realice por completo, es decir, que sea histórico; para saber los años que puede vivir un

cuervo, es preciso aguardar á que la vida del cuervo se acabe.

La historia, á mi juicio, ni por su objeto ó materia, ni por especial modo de ver, ni por los métodos ú operaciones lógicas puede constituir ciencia particular distinta de otras ciencias; ha de ser campo de observación muy aprovechable para recoger materiales inmensos que nutran y vivifiquen todas las ciencias.

En artículos sucesivos me propongo justificar con amplitud mi opinión, que, en resumen, se reduce á lo siguiente: que todo lo pasado, como todo lo existente, es inmenso é individual; que ambos ofrecen la misma materia de estudio; la investigación de lo pasado exige los mismos métodos y operaciones lógicas que la investigación de lo presente; que ambos son terreno común para los artistas y para los científicos.

Y todo eso nos permitirá fijar, en último término, de manera muy precisa, los oficios del historiador y el criterio que debe presidir en la organización de la enseñanza de estas disciplinas.

VI

Lo pasado es como lo presente.

Los hechos pasados son de la misma naturaleza que los hechos presentes, pues aquéllos fueron presentes al tiempo de acaecer; son tan inmensos, tan individuales y tan contingentes como los actuales; y no se prestan á formar ciencia exclusiva.

A veces los hombres de ciencia parece como si quisieran monopolizar lo pasado poniendo á éste una etiqueta especial, una marca, para que todo el mundo sepa que es propiedad suya exclusiva. Algunos historiadores pretenden que los sucesos pasados, por el mero hecho de haber ocurrido, ya poseen naturaleza distinta de la que tuvieron cuando se realizaron; y que no sólo nuestra posición respecto de los mismos ha variado, sino que son diferentes de los actuales, hasta el punto de no ser suscepti-

bles del mismo estudio que se hace de lo coexistente.

Las cavilaciones que el interés indiscreto ha promovido, han hecho nacer y bullir multitud inmensa de innecesarios entes de razón, vanos fantasmas de que es preciso desembarazar la fantasía, si queremos mantener para estos asuntos la indispensable claridad de espíritu.

Las personas instruídas que posean nociones bien formadas acerca del saber verdaderamente científico, y no se hallen, por otra parte, enteradas de las discusiones que han suscitado tales materias y del diverso y aun contradictorio juicio que han merecido á los sabios, es posible que estimen las observaciones que vamos á exponer, por nimias y baladíes. Permítanme, sin embargo, que ponga un ejemplo que patentice cómo las confusiones de la mente en reputados hombres de ciencia, nos obligan, para disiparlas, á volver la vista á las nociones más vulgares y de sentido común.

Véase el siguiente párrafo de Schopenháuer: «En las ciencias lo particular é individual es lo cierto, porque se percibe de

manera inmediata, mientras que las verdades generales son abstractas y pueden encerrar más fácilmente cualquier error. Lo inverso sucede en la historia: en ésta lo más general es lo más cierto, v. g., los períodos de tiempo, las sucesiones de los reyes y las revoluciones; y respecto al pormenor de los sucesos y su encadenamiento hay verdadera incertidumbre».

Estas ideas han logrado la fortuna de ser aceptadas por hombres muy discretos: Lavisse, v. gr., no tiene inconveniente en afirmar: «en historia lo general es más cierto que lo individual, aunque parezca paradoja; es más fácil no engañarse respecto á un país que á una persona». Y Xenopol, en su manía de exponer las ideas ajenas como confirmación de sus doctrinas personales sobre lo sucesivo y lo coexistente, ve cabalmente en ese contraste señalado por Schopenháuer «la diferencia natural y necesaria entre las ciencias históricas y las ciencias teóricas» (1).

En realidad, las frases de Schopenháuer

(1) *Principes fondamentaux de l'histoire*, págs. 35 y 36.

son, hablando con el desenfado habitual en este filósofo, una vulgarísima confusión, por no decir majadería, indigna de un científico; lo cual no ha impedido que la tomaran en serio otros posteriores. En ellas se da como supuesto que la suma real de varios objetos equivale á la generalización ó la abstracción de los mismos; así, v. gr. una naranja es un objeto particular, otra naranja es otro objeto particular; pero un montón de naranjas, no es el conjunto, también particular, de todas ellas, sino la abstracción de esos individuos.

Al primer golpe de vista se nota la burda lógica de ese modo de discurrir. La confusión se ve muy clara en los ejemplos: un período de tiempo es para Schopenháuer la abstracción de todos los sucesos ocurridos en cada uno de los instantes; el conjunto de los reyes de una dinastía, la generalización ó abstracción de todos los individuos de ella; el conjunto de los sucesos de una revolución es la abstracción de todo lo acaecido. También da á entender Lavisse que un país puede tomarse como la abstracción ó generalización de las personas que en él viven.

Schopenháuer y los que le repiten han confundido lastimosamente lo colectivo con lo general y abstracto.

No obstante, en el fondo de esos errores hay una partecilla, un rastro de verdad que se enuncia de diversas maneras, aun en los manualetes más elementales de crítica histórica (1), á saber, que tenemos más seguridad de la existencia positiva de los grandes acontecimientos, que de las circunstancias y menudos accidentes que en ellos han podido ocurrir. Es incuestionable que existió el imperio romano; no es cosa tan cierta el que tal emperador llevase á cabo tal aventura en tal tiempo y precisamente de la manera como nos lo cuentan los historiadores.

Ese error ó inexactitud de Schopenháuer no merecía la pena de ser notado, si de él no hubieran desprendido una consecuencia transcendental más errónea todavía, á saber, la de que este fenómeno es peculiar de la historia, cuando en realidad ocurre al entendimiento humano en toda materia, aun en lo actual, intuitivo é inmediato: es fenó-

(1) Véase, por ejemplo, el capítulo XI del *Criterio* de Balmes.

meno psicológico constante, de perspectiva en el espacio y el tiempo, y, por consiguiente, no es carácter particular de la historia, ni puede servir, por tanto, para distinguirla de otras ciencias.

He aquí varios ejemplos de lo intuitivo actual que pueden esclarecer la explicación del fenómeno. Andando por una carretera, distingo allá en lo lejos algo que se mueve; no sé lo que es; sin duda ha de ser algo individual, pero no me atrevo á definirlo; á lo más le daré un apelativo genérico: un bulto. Luego, al acercarme más, ya tengo la evidencia de que es un hombre, el cual tendrá su apellido particular, pero no sé quien es: le doy calificativo específico: un hombre. Más adelante, por las prendas de vestir, ya barrunto que aquel hombre es aragonés. Y al fin conozco que aquel bulto, que de lejos apenas se distinguía, es el tío *Fulano*. Y después de todo ¿podré llegar nunca, ni aun oyendo al mismo una larga explicación, darme cuenta de todas las circunstancias de su vida que han contribuido á que le vea yo á esa hora, por tal sitio, á no ser vagamente, á grandes rasgos ó en conjunto?

La realidad, de ordinario, se nos muestra así: la distancia, como el tiempo, no permite la observación minuciosa de todos los pormenores y accidentes. Lo propio ocurre, aun estando cerca, si la luz ú otros medios, no consienten que veamos con claridad, v. gr. en sitio oscuro, en la misma habitación.

Lo propio ocurre en las impresiones del oído: oigo una pieza y recuerdo el carácter del conjunto y no guardo, ni inmediatamente después, memoria de los muchos compases que la forman.

He vivido en Zaragoza muchos años y no puedo representarme con viveza ni siquiera los acontecimientos que más hayan podido influir en mi vida; recuerdo las circunstancias fragmentaria y oscuramente.

Y esto pasa á todo el mundo, y en todo instante de la vida, tanto en lo que sabemos de manera indirecta, porque otros nos lo han referido, cuanto en lo intuitivo é inmediato, en lo sucesivo y en lo coexistente, en lo emocional y en lo ideal; es ley humana. Unicamente en ciertas situaciones de espíritu ó estados de alma, nos impresiona

más un rasgo de la cara que la cara entera; los niños se acuerdan de ciertas personas por la nariz, por el sombrero; y hasta á los hombres nos ocurre conservar memoria de un individuo á cuyo lado comimos en cierta ocasión, más que del banquete en que nos juntamos. Muchos de esos rasgos particulares, separados del conjunto, reviven en la mente sin otras asociaciones, sin combinar, como saber perdido en el laberinto de las ideas.

Claro que eso ha de transcender á toda historia que deriva de testimonios humanos: miles de personas pueden afirmar que existe el mar Mediterráneo; pocas relativamente se han enterado del movimiento de las aguas en las playas de Benicásim.

Los historiadores lo habrán de tener presente para medir el alcance de las noticias que transmiten los testigos; pero, por Dios, no nos quieran hacer pasar el fenómeno como característico y peculiar de la historia. La historia no puede tratar de otras materias que los hechos pasados, los cuales, precisamente por haber ocurrido una vez, han debido ser presentes cuando acaecie-

ron. Es vana tarea y exceso de cavilación, pensar que lo pasado se preste á ser estudiado con el fin de formar ciencia especial, distinta de las otras ciencias que llaman de fenómenos coexistentes.

Por otra parte, los que pretenden ceñir el objeto de la historia, no saben que al mar es imposible encerrarlo en una vasija. Lo pasado sirve lo mismo que lo presente, y no hay ser humano con derecho á impedir el aprovechamiento común de tales materias. Algunos, sin embargo, quisieran obligar á sus prójimos á someterse á la disciplina que desean imponer. Bourdeau, incomodado contra muchos historiadores que se entretienen con los pormenores de los sucesos, dice:

«Los hechos singulares son accidente sin duración, ocurren una vez para no volver jamás... El interés que se pone en conocer la narración de acontecimientos no tiene nada de científico; obedece á curiosidad en que la imaginación participa más que la reflexión. El espíritu se divierte, no se instruye. La historia debiera abandonar tales nimiedades: debía estudiar las funciones de

la vida humana, el movimiento de la población, el estado de la fortuna pública y mostrar las causas que la hacen crecer y menguar; exponer las transformaciones del gusto, el adelanto de las ciencias, la mejora de costumbres, la extensión de las libertades públicas. Mientras los historiadores se ciñan á contar vanas particularidades, serán sencillamente historiógrafos de la fortuna; sus obras inútiles, encantadoras, no tendrán valor para el conocimiento de las cosas humanas, sin aplicaciones prácticas, y no pueden aspirar más que á divertir espíritus ociosos, como los cuentos de los novelistas». »

Muy discretos y sabios consejos son los de Bourdeau para aquellos que sientan sus mismas aficiones históricas; pero no vayamos á tomar al pie de la letra sus palabras, rechazando como perjudicial ó inútil todo lo que no entre en la pauta de sus deseos. Céspedes y prados sirven no sólo para que el naturalista recoja ejemplares de variada flora y fauna en la estación propicia, sino para que el poeta se inspire y nos regale con sus galanos versos, para que los chicos

correteen y se diviertan, y los grandes se oreen y explayen, y hasta para que apacienten vacas y aun se tumben luego tranquilamente sobre la mullida alfombra de hierbas y flores, que pisan y ensucian al retozar los juguetones terneros. No hay, pues, que enfurecerse porque cada cual disfrute á su modo de las memorias de lo pasado.

Los exclusivismos han perjudicado á los estudios históricos. Estos á los principios sirvieron únicamente para satisfacer la curiosidad de un pueblo que deseaba conservar memoria de las hazañas de sus héroes; dar á conocer las costumbres raras y exóticas de los vecinos, las dinastías de los monarcas, los resonantes hechos de guerra, etcétera, dejando en olvido completo y como desperdicio ó cosa supérflua otros materiales que luego se han juzgado más preciosos para estudiar la vida íntima de los pueblos que forman la humanidad entera. Mas cuando la historia comenzaba á enriquecerse con inmensa multitud de materiales á que los hombres de ciencia se aficionaron, vienen los exclusivismos científicos á querer

monopolizar el aprovechamiento del caudal de lo pasado, prohibiendo que nadie se acerque, como no vaya con el espíritu que en aquéllos domina.

¿A quién se le había de ocurrir que para desembarazarnos de prejuicios en tales asuntos, fuera preciso afirmar que lo pasado es igual que lo presente, que lo presente es tan inmenso, tan individual, tan contingente y determinado como lo que ya pasó; y que para formar ciencia lo mismo puede servir lo uno como lo otro?

A mi juicio, los que quieren constituir la historia ciencia se colocan en la situación siguiente: se ponen á examinar lo pasado, y, claro es, lo encuentran individual y distinto (ningún hecho se repite exactamente); y ante tal inmensidad de materia y complejidad tan grande de fenómenos, se aturden; luego, para hallar una norma con que investigar los caracteres científicos de lo pasado, vuelven los ojos á las verdades científicas consignadas en los tratados de cada ciencia particular, y se les figura haber tropezado con la diferencia fundamental, al notar los caracteres individuales que presen-

tan los hechos históricos, en contraste con las generalizaciones logradas en las ciencias particulares, sin acordarse de que la realidad que les circunda, objeto de las ciencias de lo coexistente, ofrece semejanzas indudables con la realidad histórica.

Que César no puede confundirse con Aníbal, ni con Alejandro, ni con Napoleón; que ninguna batalla, ninguna civilización antigua se parecen una á otra; que los hechos no se repiten jamás; pero ¿acaso ahora todo lo que sucede en el mundo no es individual, distinto, sin que nada se repita exactamente de la misma manera?

Las verdades de la física son constantes; sin embargo, los hechos en que se cumple una ley nunca son iguales: en todos los barcos que navegan ahora y han navegado desde hace treinta siglos por el Mediterráneo, se cumple exactamente en todo momento el principio de Arquímedes; y por eso no va á entenderse que todos los barcos sean iguales, ni aun siquiera en la línea de flotación. Ese principio general no quita la individualidad propia de cada barco. Todos los hombres, desde que el mundo es mundo,

viven sometidos en sus fenómenos vitales á las leyes de la fisiología y de la psicología; y eso no obsta para que no haya habido en ningún tiempo dos personas cuyas cabezas, carácter ú obras se puedan confundir.

Las verdades constantes de todas las ciencias de lo coexistente no excluyen la diversidad individual de ningún objeto de la naturaleza. Esta es verdad de sentido común, excepto para algunos historiadores.

Nada hay nuevo debajo del sol: es verdad como un templo. Todo es nuevo y distinto: otra verdad tan grande como la primera. Y el que no sabe resolver la contradicción es incapaz de conocimiento científico.

Hasta los hechos astronómicos en los cuales la repetición aparece con semejanza casi aplastante, los días y las noches, los movimientos del sol, de la luna, etc., nunca se repiten con la misma individualidad. Ningún eclipse de sol ó de luna, á pesar de las fórmulas según las cuales se verifican, es idéntico, ni se puede confundir con otro. La tierra da vuelta todos los días en el espacio, y, sin embargo, ningún día es igual

á otro, porque la tierra muda sin cesar, sin repetir en los mismos sitios ni circunstancias sus movimientos. Ni el lugar, ni la posición, ni las conjunciones del orbe se repiten jamás, á pesar de las reglas de la marcha. Y lo mismo es la regularidad y constancia de todos los fenómenos de la naturaleza.

¿Que es inmenso todo lo pasado, aun aquello de que se tiene noticia? Pero ¿acaso ha medido alguien ni definido en fórmula científica la inmensidad de lo presente?

¿Que de lo remoto de los tiempos apenas se sabe nada? ¿Y de lo remoto de ahora tenemos por ventura más noticias? Sabemos, al presente, de los hombres que vivían sobre la tierra hace cuatro mil años, mucho más que de multitud de cosas existentes. Bien decía Pascal: «Todo lo que vemos del mundo no es más que un rasgo imperceptible en el ancho seno de la naturaleza». Y Juan Bautista Dumas añade: «Hemos conquistado la tierra, medido la marcha de los planetas, hemos sometido la mecánica celeste á cálculo, demostrado la naturaleza de las estrellas, atravesado la bruma de las

nebulosas; pero más allá de los astros cuya luz emplea siglos para venir, aun hay otros cuyos rayos se extinguen en el camino; y más lejos todavía, muy lejos, muy lejos, brillan sin cesar y sin término soles que jamás encontrarán nuestras miradas, innumerables mundos para nosotros siempre cerrados».

En una palabra y para concluir: la historia no puede ser ciencia particular por el objeto que estudia. ¿Lo podrá ser por los métodos que emplea? Trataremos de investigarlo.

VII

¿Por los métodos es ciencia la Historia?

Lo indirecto del conocimiento de los hechos históricos ofrece los mismos caracteres que lo indirecto del conocimiento de lo actual. Lo pasado sólo tiene de particular el ofrecer facilidades para que se conozca aquello que por la excesiva proximidad de lo actual no podemos ver bien.

Aunque la historia no pueda constituir ciencia particular por su objeto (puesto que lo pasado no ofrece, en su complejidad y variedad inmensa, caracteres que lo distingan esencialmente de lo actual), no obstante hay que reconocer que nuestra posición respecto de lo ocurrido en otras edades es muy otra; y esa distinta posición puede exigir ciertos métodos de investigación y de comprobación, los cuales impriman sello particular á los conocimientos que median-

te ellos se adquieran. En realidad, lo que ya pasó no podemos estudiarlo sino por huellas que han permanecido hasta el presente, ó por testimonios que nos comuniquen lo sucedido en otros tiempos, es decir, por modo indirecto ó mediato.

Ese, que al pronto parece lo característico de la historia, bien mirado es la manera ordinaria de enterarnos de todo lo que en el mundo pasa: la casi totalidad de nuestros conocimientos son indirectos; aun de lo existente á penas sabemos más que por huellas ó testimonios. El hombre colocado en un punto imperceptible de la tierra tiene limitadísimo horizonte por todas partes: su tacto, vista, etc., alcanzan poquísimo; lo que ocurre á pocos pasos se nos oculta, y aun lo que tocamos con las manos escapa á nuestra penetración. ¿Qué sabemos de las actuales naciones de Europa, de Africa, de Asia, de América, si no es por objetos importados, como muebles, vasijas, telas, locomotoras, barcos, máquinas, etc., ó por relaciones de viajeros? ¿Qué sabemos de la inmensa mayoría de los pueblos de España, á no ser por referencias ó noticias de perió-

dicos? De las cosas que suceden en el pueblo en que uno reside, en la casa del lado, fuera de la habitación en que vivimos, ¿nos enteraríamos si no lo oyésemos de labios de nuestros prójimos? Es decir, nos informamos de lo existente (empleando el tecnicismo de los historiadores), por monumentos y por imágenes reflejadas en el entendimiento de otra persona que ha visto poco, y transmitidas por medio de palabras que no expresan la verdad entera.

Eso nos obliga á ejercitar á cada momento las mismas operaciones lógicas y la misma crítica que los eruditos se figuran de uso particular suyo exclusivo para lo histórico.

Pongamos un ejemplo que todo el mundo entienda.

Un comerciante aragonés desea informarse del precio á que en la actualidad se venden los garbanzos en Castilla. Sin estar impuesto en la complicada técnica de los historiadores, empleará exactamente los mismos medios que el erudito emplea para informarse de un hecho acaecido en el siglo XIII.

El comerciante, sin salir de su casa ni ha-

ber asistido á ningún curso de *Heurística*, sabrá proporcionarse los documentos fehacientes, con sólo preguntar por tarjeta postal á sus corresponsales de Castilla. No habrá pasado una semana sin tener en su despacho testimonios de personas bien enteradas. Antes de abrir las cartas, con solo mirar el sobre, ya comienza á hacer la *crítica de origen*, al ver el matasellos del correo y al reconocer la letra de sus amigos Fulano, Zutano, etc., residentes en Salamanca, Alba de Tormes, etc. Aunque las cartas se hallen redactadas con descuido, el comerciante posee medios para la *crítica de sinceridad* y *exactitud* de tales documentos; entiende á la perfección lo que dicen; y sabe discernir por experiencia psicológica (aunque no haya estudiado la filosofía escocesa) la calidad de los testimonios; sin minucioso examen gráfico, ni atiborrarse de lenguas muertas, aprecia hasta el menor garabato y la palabra más oscura ó dudosa.

El erudito, claro es, teniendo que investigar lo que en edades remotas y en países lejanos sucedió, necesita un bagaje inmenso de disciplinas y saberes; pero el resulta-

do, después de todo el aparatoso mecanismo, suele ser bastante inferior al de la información obtenida por el comerciante.

Hay que notar, además, que mientras á la historia se la consideraba exclusivamente como arte, no era de esperar muy escrupulosa investigación; antes bien, en algunos casos, el arte mismo exigía alterarla de intento; ni aun cuando fué estimada por *maestra de la vida,* pedía métodos muy rigurosos, pues lo que informa la conducta de los hombres no suelen ser los principios de la razón pura.

Sólo en la historia estudiada con miras verdaderamente científicas se han propuesto los hombres de una manera seria, como principal operación, asegurarse de la verdad de los hechos; pero todo el rigor de los métodos, toda la sistematización de la técnica, no quiere decir otra cosa, sino que se ha empeorado la situación para observar; que estamos en desfavorables condiciones para enterarnos de lo sucedido; y eso, en vez de acreditar de científico el resultado, da motivo para hacer sospechosas la mayor parte de las informaciones.

Sin embargo, ciertos espíritus, impresionados por lo ingenioso de los métodos con que se suple la observación directa, y deslumbrados por ese aparato de precauciones que el entendimiento usa para establecer la verdad, han sufrido la ilusión de creer ciencia á la historia por eso mismo, sin ocurrírseles que todo ello conduce, ó viene á parar por fin, á la *prueba* de la verdad de lo que dicen los testigos, lo cual, en la mayoría de los casos, nada tiene de científico: saber á cómo se vendían los garbanzos en el siglo XIII, no supone averiguada siquiera la relación económica entre la oferta y la demanda.

Por muy ingeniosos que sean los medios con los cuales se adquieran verídicos informes, no es posible que éstos constituyan ciencia sólo por tal motivo, cuando sabidos por modo directo no bastan á formarla. La relación histórica más verdadera, después de examen crítico de documentos y testimonios, apenas tiene el valor científico que pueda tener la relación de un viaje. Habrá necesidad de mayor destreza en el historiador que haya de valerse de escrituras cu-

neiformes, pero la realidad la verá siempre por intermedio del juicio ajeno, casi nunca científico.

El historiador, se dirá, no debe pararse en la crítica externa de los testigos, sino que su oficio alcanza á la *prueba* íntima del hecho y llega á los motivos internos de credibilidad, pues no ha de aceptar todo lo que le comuniquen, aun con la mejor intención, testigos presenciales que transmiten infinidad de paparruchas; el historiador, á semejanza del físico que comprueba la verdad de los principios de su ciencia con la experimentación personal, también tiene á su alcance medios críticos que le certifiquen de la posibilidad y aun probabilidad de los hechos, estudiando las condiciones en que éstos se verifican: y esto algo ha de tener de científico.

Es verdad; pero también lo es que ese criterio supremo de certeza al cual se acude como piedra de toque, es cabalmente el estudio de lo que al presente nos rodea. El presente de ningún pueblo puede entenderse sin el estudio de su pasado, el cual encierra la razón de lo que ahora es; pero tam-

bién hay que decir que lo pasado es enigma indescifrable, si no se tiene, como medio crítico para llegar á él, la visión directa de lo presente. El medio de cerciorarse de la posibilidad de que ciertos maderos flotaran en el Mediterráneo hace treinta siglos, es el mismo que empleamos ahora para asegurarnos de que la madera flota en los mares de la Oceanía; mas esa piedra de toque nos viene de la ciencia particular en que ese fenómeno se estudia.

La extravagancia de algunos historiadores que desean adjudicar á la historia el carácter de ciencia, por usar de métodos singulares y hasta de especiales operaciones lógicas, ha llegado al extremo de señalar como peculiarísima de las ciencias históricas la operación lógica de la *inferencia*, por la que se relaciona una verdad particular con otra particular, sin ocurrírseles que ésta es precisamente la operación más elemental, la más ordinaria en la vida, y, por decirlo así, la menos científica: el salvaje, al notar ciertas huellas recientes impresas en el suelo, infiere quién es el que pasó por tal lugar, cuándo y en qué dirección mar-

chaba. Esas inferencias las suelen hacer los hombres prácticos con más rapidez y acaso con más seguridad que el hombre científico.

¡Arreglada estaría la historia si no tuviese á su servicio más que la sencilla inferencia! Una de las operaciones preliminares, al estudiar los hechos históricos por los relatos parciales é incompletos que restan, es la reconstitución del hecho, en la parte en que es posible; y eso únicamente se logra por procedimientos deductivos, mediante el conocimiento de las relaciones necesarias que todo hecho ofrece; mas esas relaciones necesarias conocidas constituyen cabalmente el objeto de ciencias que no son la historia.

De todo lo dicho no se infiera, sin embargo, que la historia es un saber despreciable ó que merezca desdén, por constituirse mediante verdades alcanzadas por métodos que denuncian imperfectísima observación, inferior, con evidencia, á la directa ó inmediata; la historia no sólo es digna de todos los respetos y cariños, sino que debe figurar entre las más útiles y más altas discipli-

nas humanas, porque si bien es verdad que ofrece mala posición para ver ciertos aspectos, en cambio da maravillosas facilidades para estudiar los efectos de conjunto: lo hemos dicho ya; desde la cima de un monte se divisan panoramas y horizontes lejanos, que no puede imaginar siquiera el que nunca salió del fondo del valle. Ese alejamiento, además, deja á la inteligencia libre de las influencias pasionales; hay materias en que el entendimiento humano se expone á error precisamente por exceso de proximidad: los fenómenos sociales, v. gr., no se juzgan bien, si no es mirándolos á cierta distancia, cuando no nos ciega el próximo interés.

La historia puede aún perfeccionar los instrumentos de trabajo: el microscopio y telescopio son instrumentos materiales de campo muy reducido, y, no obstante, á ellos se debe el portentoso conocimiento de mundos nuevos.

Esa observación indirecta que la historia ofrece es, en fin de cuentas, condición necesaria para el estudio de las grandes evoluciones. Para observar los cambios de la

vida de un sér orgánico, es preciso seguir la formación y crecimiento de la simiente ó del huevo, hasta el acto de su reproducción y de su muerte. Aun más: antes de que el hombre sintiese curiosidad de conocer esos fenómenos, el espectáculo de la vida le rodeó como ahora á nosotros nos rodea, y se ha necesitado el transcurso de miles de años para que el espíritu se moviese á estudiarlo de cierta manera, por la cual llegase á comprenderlo mejor. Aristóteles vería muchas gallinas, y no pudo pasar por su imaginación lo que Ramón y Cajal había de ver en ellas con el ojo asomado á ese tubo con lentejuelas que descubre lo más pequeño.

Esas nuevas posiciones de espíritu no harán surgir en nosotros un sexto sentido, como dan á entender los que sostienen que la historia es nuevo modo universal de ver el mundo, pero sí aguzará las facultades del hombre, permitiéndole que se vean cosas nuevas en lo más viejo y antiguo, ciencias que todavía no existen; y hasta podrán perfeccionarse ó rejuvenecer las que están formadas hace mucho tiempo. El porvenir alguna sorpresa debe reservarnos; de esas im-

perfectas observaciones se han originado ya altas disciplinas que hace poco nacieron: las ciencias sociales; ¿qué no saldrá cuando acertemos á perfeccionar la observación?

La historia es insustituíble para muchos saberes, y eso hará eterno el interés de lo pasado, en todos los órdenes de la vida, para la ciencia y para el arte.

VIII

¿Qué tiene de científico la historia?

En qué consiste el saber científico. La historia no tiene de científico sino el ser pura observación. Constituye un modo de observación científica de hechos lejanos. Operaciones de la observación histórica. Del trabajo precientífico de observación histórica se han derivado nuevas ciencias.

Creer que las palabras signifiquen lo que el diccionario dice que significan, es error que muchos profesan y nadie combate; las palabras no pueden significar sino lo que está en el entendimiento de aquel que las emplea, variando su significación á cada momento, según varía el sentir ó el pensar del que las pronuncia; de modo que esos ruidos ó letras expresan algo vivo que se achica ó crece, se estira ó se encoge, conforme al movimiento de las ideas que bullen en el cerebro de la persona que las usa.

Supongamos que, ahora mismo y delante de nosotros, entablan conversación un teólogo y un patán, y en ella se oye pronunciar la palabra Dios. Si los paramos y les hacemos pensar en lo que han querido decir con esas cuatro letras, cada cual se explicará de manera muy distinta: el teólogo dirá que la palabra Dios significa un sér inmaterial, sin figura de ninguna clase, esencia pura con los atributos de infinidad, aseidad, unidad, simplicidad, sabiduría, omnipotencia, ubicuidad, etc.; es decir, que aquella palabra, en aquel momento, para él, que se sabe de memoria y al dedillo las materias que aprendió en libros de teología, está preñada de muchos y muy hondos significados, los cuales no pueden incluirse en ningún léxico; en cambio, en boca del patán, diga lo que quiera el diccionario, no ha de significar esa palabra cosa distinta de lo que en su pobre chirumen es capaz de pensar: para el labriego la palabra Dios querrá decir aquella figura de anciano venerable con luengas barbas del retablo de la iglesia, ante el cual se postra el pueblo entero; ó la figura de Jesucristo clavado en cruz; ó si,

por ventura, quiso decir algo que no sea figurado, se referirá á un sér desconocido, amo del mundo, á quien obedece todo lo creado.

Eso, ó algo parecido, significará esa palabra en boca de cada una de ellos, si se les llama la atención y se les hace pensar en qué han querido decir con esas cuatro letras; pero, de ordinario, ni el teólogo se parará á meditar sobre los hondos significados que encierra aquella palabreja, ni el labriego habrá de recordar todas las figuras del retablo; sino que se lo imaginarán, teólogo y labriego, como una causa misteriosa de algo que les viene á las mientes, v. g., el rodar del sol y de la luna, crecer el de las plantas, el lucir del relámpago, el estampido del trueno. A lo más lo emplearán como fórmula algebraica, tras de la cual se esconde el concreto significado aplicable á la idea que entonces les pasó por el cerebro.

Lo que ocurre con la palabra Dios sucede con todas las del diccionario, no sólo las muy comprensivas ó abstractas, como *naturaleza, humanidad, derecho*, etc., sino tam-

L. OF C.

bién la más concreta y vulgar, v. g., *silla* ó *banco*. Una silla, para el labriego, apenas puede significar más que el mueble de cuatro patas, sujetas por cordeles, donde se sienta á descansar cuando llega á su casuca; para el rico arqueólogo, que forma colección de cuadros y representaciones de todos los muebles usados por diversos pueblos del mundo, significa muchas otras cosas.

Y como ningún hombre, al hablar con rapidez, ha de ir pensando en los precisos límites que ciñen la extensión de la idea expresada por cada una de las palabras de la frase, sucederá indefectiblemente que éstas no significan, en un momento dado, sino aquello que de un modo fugaz ha cruzado por la mente. Por eso se comprenderá cuán seguro es que una misma palabra tenga significado distinto cada vez que la pronuncie la misma persona.

En el diccionario sólo puede haber un índice, una representación muerta y cristalizada de un ser vivo; pues aun cuando á la descripción por medio de palabras se agreguen dibujitos y fotografías, no son más que imagen obscura, débil y parcial, de un sólo

aspecto, y ésa, inmóvil como un cadáver.

Inútil será decir que con el vocablo *historia* sucede lo propio: unos incluirán en su significado los relatos mentirosos inventados por un poeta, sin más realidad que la de un sueño; otros entenderán por historia la relación de un hecho realmente acontecido, ó la relación tramada de sucesos ocurridos unos tras otros; y de esa manera llegaremos hasta las grandes construcciones artísticas en que se han lucido eminentes literatos, al desplegar su fecundo ingenio retórico ó de invención, y á las magistrales investigaciones llevadas á efecto, del modo más nimio y apurado, por los hombres de ciencia.

Convendrá tener presentes tales consideraciones, para dilucidar mejor qué tiene de científico la historia.

Entre el vulgo de los intelectuales hay quienes se figuran *ciencia* toda clase de saber que puede ordenarse en capítulos, párrafos y cuadritos numerados cuidadosamente con guarismos ó letras que le dan aspecto matemático, es decir, juzgan ciencia todo lo que aparece con un cierto orden ex-

terno, el cual lo mismo puede servir para los enunciados de una lógica, como para los artículos de un código civil, un libro de cocina, ó el mayor de un comerciante. No son pocos los que imaginan ciencia el saber que se viste de palabras abstractas y tecnicismos raros, fuera del alcance del vulgar entendimiento.

Es muy conveniente, y á veces preciso, exponer las verdades con algún orden, y aun también que se expresen las ideas con adecuado tecnicismo; pero tales cosas son corteza pura, no es lo esencial, ni ello sólo constituye ciencia.

Para mí, el saber científico ha de tener las siguientes condiciones: 1.ª, que sea verdadero; 2.ª, constituído por verdades universales, en el sentido de que lo que se diga de un caso particular, se entienda de todos los semejantes, y 3.ª, que estas verdades se hallen relacionadas de manera íntima, bien por referirse á identidad de aspecto que se estudie en los fenómenos, bien por relaciones de causa á efecto, ó bien por referirse al mismo objeto; en todo caso la relación ha de ser tal, que formen trabazón, sistema,

cuerpo de doctrina cuyos miembros se hallen enlazados entre sí (1).

Claro es que cada ciencia exigirá especiales procedimientos para asegurarse de las verdades propias (y ésos dependerán de la naturaleza peculiar del objeto que se trata de conocer y de los medios que á los hombres les es dado utilizar) y hasta demandará un cierto orden que facilite el descubrimiento, comprobación y exposición; pero esto es puramente técnico y en cierto modo accidental, pues las verdades científicas se han ido averiguando sin tecnicismo establecido previamente, y con orden diferente del que á primera vista aparece como el más lógico. Lo esencial es: sistema de verdades universales relacionadas entre sí.

En tal supuesto, no basta, para que haya ciencia, la prueba de la verdad, como algunos dicen: de ese modo todo saber es cien-

---

(1) El saber constituído de esa manera ha sido siempre patrimonio de pocos; multitud de pueblos no han llegado á conocerlo siquiera; en la antigüedad, casi puede aventurarse que no existió más que en uno, el pueblo griego; y no en todo él, sino en una porción muy exigua y selecta de sus más agudos entendimientos.

cia. Tampoco basta la generalización; ¡no faltaba más! algunos mentecatos se caracterizan precisamente por generalizar de una manera desaforada (hay quien al ver un inglés beodo y mal vestido, no creería aventurado afirmar que todos los ingleses son pobretes y borrachos); ni aun las más discretas generalizaciones, por ser tales, constituyen ciencia; el más rudo labriego puede generalizar muy bien acerca de las salidas y puestas del sol, del aspecto que la órbita sideral presenta en las diversas estaciones del año, y de otros fenómenos naturales como el día y la noche; lo que no sabrá es referir los hechos á la causa que produce su regularidad, ni la relación de semejanza con fenómenos idénticos en todos los planetas y satélites, y otras y otras muchas verdades que integran la astronomía.

Y como la historia no se ciñe á un solo objeto, ni á un aspecto parcial, ni siquiera se constituye con solas generalizaciones, es imposible que sea ciencia en tal acepción.

La historia estudiada con fines científicos se constituye únicamente de conocimientos que todavía no son ciencia, dispuestos

y arreglados en la forma más á propósito para que la mente humana descubra semejanzas ó relaciones con que enriquecer el fondo de ciencias ya formadas, ó con que hacer brotar del seno de la historia otras nuevas que aun no han nacido; y, como técnica, podrá definirse: el arte de observar los hechos pasados, de modo indirecto y á distancia conveniente, con el fin de descubrir principios no averiguados, ó de comprobar verdades aceptadas.

Para convencerse de que la historia no pasa más allá de la pura observación, bastará, á mi juicio, tener en cuenta lo siguiente:

1.° Que sólo trata de sucesos particulares y concretos; claro es, nadie observa lo general ó abstracto; la observación que hoy se consigna, es historia mañana. Con mucha razón han dicho Langlois y Seignobos que la historia «no es el conocimiento abstracto de las relaciones generales entre los hechos, sino el de la realidad que no ha existido más que una sola vez». No ha de entenderse, sin embargo, que no haya de acudirse á ella con el deliberado fin de ele-

varse por su estudio á las más altas generalizaciones; al revés, eso hay que ir á buscar en la historia; lo que sostengo es que si del estudio de los hechos históricos se inducen verdades generales, una de dos: ó son generalizaciones aisladas, empíricas, semejantes á las que todo el mundo hace, y en ese caso no constituyen ciencia, ó son verdades generales de un determinado orden científico, y entonces ya no pertenecen á la historia, sino á la ciencia particular de los fenómenos á que se refieren. El filósofo investigará en la historia cuanto le plazca y alcance, hasta adivinar la más oculta intención de la mente divina, y el sociólogo, las leyes á que obedece el vivir de las sociedades; mas si algo sacan en limpio, será teología, sociología, lo que gusten; historia, no.

2.° Otro signo demostrativo de que la historia no ha podido pasar de pura observación, es que los hombres que á ella se han dedicado no han sabido ponerse de acuerdo más que acerca de los principios de la técnica, ó lo relativo á los métodos, los cuales consideran esenciales; los libros que tratan

de crítica y de metodología son en cierto modo indiscutibles, mientras que cualquier otra tentativa teórica ha resultado únicamente para vana satisfacción del que la escribió, sin que otros participen de ella, ni la acepten.

3.° Denuncia que la historia es pura observación el hecho de que, en cada época, la historia ha contenido aquello á que la curiosidad de los hombres ha llegado, extendiéndose el campo nó en la dirección unilateral con que las ciencias en cierto modo avanzan, sino abarcando objetos y materias cuya relación interna no se ha soñado todavía: de la simple lista de soberanos y de los principales acontecimientos políticos se ha extendido á todo lo pasado de todo orden, de toda rama, todo hecho, por todo aspecto, es decir, siguiendo la marcha que la observación ha seguido.

4.° El acudir á la historia, considerándola como recurso necesario para comprobar ciertas verdades ya investigadas que pertenecen á una ciencia particular, v. gr., la psicología, es confesar implícitamente que la historia es pura observación. Comprobar

un principio, fijándose en los hechos particulares donde se cumple, es repetir observaciones con el fin de confirmar la verdad de ese principio, que se pone en duda en aquel instante, simulando no saberlo; es, pues, observar de nuevo un fenómeno con resultado ya previsto. Por eso los que comienzan el estudio de las verdades que los sabios de pasada edad han investigado, lo primero que deben hacer es acostumbrarse á la comprobación, y de ese modo se acomodarán á la marcha natural que debe seguir el entendimiento, supliendo con esa observación abreviada el trabajo ímprobo que costó á los que las descubrieron. En el entendimiento de los principiantes todo saber penetra con el carácter de historia.

5.° Demuestra que la historia es pura observación el carácter mismo de los hechos que, de ordinario, en ella se consignan: no son los normales que se han llevado á efecto de manera necesaria y constante, los cuales no ofrecen interés al observador, v. gr., que los hombres comían, bebían, dormían, etc.; al contrario, se ve la tendencia á consignar lo raro, lo no explicado,

aquello cuya normalidad no se conoce, la excepción, es decir, lo que más excita la curiosidad científica que trata de explicarse por semejanzas, orden ó ley, lo que parece más diverso y antinómico.

6.° Denota también que la historia es pura observación, los efectos que de su estudio se derivan, á saber, la renovación y acrecentamiento de las ciencias á cuyo servicio se pone; eso indica bastante claro que cumple su objeto sirviendo á los demás; es decir, no es finca con tapias y terreno cerrado y exclusivo; más bien carretera abierta, por donde todo el mundo transita, unos por ocupacion formal, otros por diversión y gusto.

7.° Por fin, patentiza con evidencia que es pura observación la inmensidad de los objetos sobre que se ejerce, la cual trae por consecuencia el que todo trabajo histórico se componga de verdades incompletas, á medio formar. La explicación estrictamente científica del hecho real más sencillo no llega nunca á desenredar la milésima parte de los hilos de la trama, por lo cual el residuo, que es lo histórico, queda á perpetua

observación. Una ramita cae sobre la tranquila superficie del lago; se la ve flotar, porque pesa menos que el volumen del agua que desaloja. He ahí una explicación física del fenómeno, completa en su orden; pero ésa no llega á la milésima parte del hecho histórico: ¿cómo vino á parar á ese sitio la tal ramita? ¿á qué árbol perteneció? ¿qué vida, crecimiento ó desarrollo obtuvo? ¿de qué materias hubo de nutrirse? ¿qué fuerzas actuaron para desgajarla? ¿qué elementos la iban destruyendo y alterando? etcétera, etc., etc.; en una palabra, el hecho más insignificante se presta á eterna investigación y estudio. Bien pudo ocurrírsele á Bernardino de Saint-Pierre la idea de que la historia de una planta que en las macetas de su balcón crecía, es materia á que no pueden llegar las facultades de un hombre: fuera preciso probar sus relaciones innumerables, no sólo con los insectos que la visitaron, los animales microscópicos que en ella vivieron, sino también con el aire, el sol y, en fin, con toda la naturaleza.

Estas consideraciones generales serán más claramente comprendidas al estudiar

en concreto la diferencia específica de esta clase de observación, que se llama *historia;* pues no es historia toda observación; de confundirse las dos, sobraba una de ellas. Existe una diferencia radical entre ambas, la cual evita toda posible confusión ó duda: la historia es observación, sí, pero es indirecta ó mediata, y además llevada á cabo á distancia conveniente para que el observador pueda ver en los sucesos lo que á presencia de los mismos no pudo apreciarse.

Nos explicaremos.

Están enteramente conformes los que saben algo de crítica histórica respecto á la necesidad de remontarse en la investigación, siempre que se pueda, al testimonio de los que presenciaron el suceso; esto no ofrece duda: sin alguien que vea y cuente, la mayor parte de lo que en el mundo ocurre permanecería completamente ignorado. Sin embargo, es también verdad comprobada y por todos admitida que el testimonio de los que presencian los sucesos, por la impresión que la proximidad produce, por el interés personal é inmediato que en ellos tienen, es recusable, porque procede

de personas muy inclinadas á la parcialidad, propensas á engañarse y á engañarnos.

Hete aquí, pues, á la observación de lo pasado en una dificultad que parece irresoluble. Si das crédito á los testigos presenciales, que hablaron ó escribieron para influir en los propios acontecimientos, te expones mucho á errar; si no los crees, ¿quién te lo va á decir que se halle mejor enterado?

De esa dificultad deriva precisamente la naturaleza especial de la observación histórica, y en resolverla se cifra su capital importancia.

Bien sabido es que el hombre tiene necesidad de valerse de ciertas artes y medios para suplir la deficiencia natural de los sentidos: el ojo humano, v. gr., tiene visual muy corta; de la realidad lejana apenas puede enterarse: del sol, de la luna, de las estrellas, tan sólo distingue un punto luminoso tan pequeño, que no sirve para formarse idea de la magnitud de sus masas; á los hombres pareció muy grande la tierra, y, sin embargo, comparada con otros astros, es como una pelota. Sin una combina-

ción especial de cristales que aumentaran la potencia de nuestra vista, sin el telescopio, hubiéramos permanecido quizá eternamente en el error ó en la ignorancia. Por otra parte, la existencia de miriadas de seres pequeñísimos que viven á menos de un palmo de nuestras narices, ha pasado inadvertida durante muchos, muchos siglos, y mediante otra combinación de cristales, el microscopio, se nos ha hecho visible lo infinitamente pequeño.

Cosa análoga ocurre con los sucesos pasados: no podemos enterarnos de ellos sino mediante una lente objetiva aplicada á la parte más próxima á los mismos, es decir, el testigo presencial; pero éste da la imagen alterada, llena de cromatismos y aberraciones, y es menester aplicar, al examen de lo pasado, otra lente correctora del lado del observador, la cual, tomando la imagen que transmite la objetiva, sea eficaz para reformar aberraciones y cromatismos. El servirse de ese ideal instrumento es cabalmente lo que caracteriza la especialidad de la historia.

Pero así como á través del microscopio

no se ven los objetos sino en cierta posición y en campo muy reducido, y por ello es preciso preparar de manera adecuada el objeto para obtener el resultado que se apetece, así también los hechos pasados exigen, para ser estudiados, posición especial, y de ellos no cabe examinar sino lo que la naturaleza del instrumento consiente, lo cual no es, de seguro, lo mismo que ha visto el testigo.

La observación histórica ha de hacerse á *conveniente distancia,* según la calidad del hecho que se trata de estudiar, el aspecto que se quiera ver y la situación de ánimo del historiador; pues cada suceso exige un enfoque peculiar, y cada observador una especial adecuación.

Si miramos á un hombre de estatura regular á distancia de dos pasos, nos parece bastante corpulento, los rasgos de su cara muy pronunciados, sus facciones bien claras y distintas; á cien metros se esfuman los pormenores, distinguimos el conjunto de su traje y facha y hasta quizá nos parezca diminuto y pequeñín. Siendo el mismo hombre y los mismos ojos los que mi-

ran, no obstante, vemos y podemos afirmar cosa diferente; y no será un juicio falso y otro verdadero, no; todo es verdad, pero verdad distinta. Una ciudad contemplada desde la barquilla de un globo aerostático, es bien diferente de la que vemos andando por la acera de una calle: desde el globo se aprecia perfectamente el conjunto, la posición topográfica, la disposición general de sus edificios, etc., etc., etc.; desde el piso de una calle vemos un trozo de la misma, la fachada de algunos edificios, la gente que viene y va por las inmediaciones.

La distancia, además, influye en el estado de alma del espectador: el que transita por avenidas muy frecuentadas por infinidad de carruajes que amenazan atropellar á los de á pie, con aglomeración de gentes con las cuales á cada momento se tropieza, respirando el vaho de una atmósfera cargada, con el cerebro sobrexcitado por lo vertiginoso de las impresiones, la trepidación, los ruídos, etc., no es capaz de abstraerse y permanecer tan tranquilo y sosegado, como el que desde una altura, en día plácido y sereno, contempla de lejos esa misma ciu-

dad. El que mira con un telescopio, desde la cima de un monte, el horroroso incendio de una fábrica situada en el centro de un poblado, ó el terrible combate entre dos ejércitos enemigos, desde un punto al que de ningún modo pueden llegar los efectos de la lucha, siente muy diversas emociones de las que sienten los testigos presenciales inmediatos al suceso, ó los actores del mismo.

Lo propio ocurre con los hechos de la historia y la apreciación de la conducta de los hombres y con todo. Juzgamos casi siempre mal de la sociedad en que vivimos: explicamos los hechos de nuestros semejantes por motivos personales, pasajeros y pequeños: Fulano ha hecho eso porque me odia; el otro porque me quiere; Zutano le ha imbuído esas ideas: le apura tal negocio; es decir, todo individual, inmediato, microscópico y quisquilloso, sin que las explicaciones salgan del estrecho marco en que uno vive, sin ver otras relaciones con causas lejanas, generales ó comunes, que explicarían por otros motivos los sucesos. Los testigos presenciales ven sólo el aspecto de

proximidad que les incapacita para distinguir los otros; mézclase la pasión personal, y los transmiten con colores que otros nunca vieron: son la lente objetiva que forma la imagen de un objeto próximo, alterada por cromatismos y aberraciones. Los grandes hechos sociales que producen horroroso estrépito nos atemorizan, nos confunden y nos ciegan; compárese el juicio de los que presenciaron los horrores de la revolución francesa, con los juicios de los más interesados de ahora en favor del antiguo régimen.

Hay necesidad, pues, de otra lente correctora que, tomando íntegra la imagen, conforme la han transmitido los testigos presenciales, la enderece, para atisbar por ella la realidad pasada correcta y limpia.

He ahí indicadas metafóricamente y en resumen, las principales operaciones de la observación histórica:

1.ª Fijar del modo más escrupuloso y exacto la impresión personal que produjeron los hechos á los testigos que los presenciaron, ó á los propios actores que los han referido, penetrando en el fondo de su alma.

2.ª Corregir los cromatismos que el interés, la parcialidad, las pasiones, el descuido, la necedad, etc., hayan podido introducir.

3.ª Suplir mediante la suma de rasgos aislados é imágenes borrosas, las soluciones de continuidad que produce lo incompleto de los datos transmitidos.

4.ª Transformar la impresión de contingencia, de accidente fortuíto que producen los hechos en el ánimo de quien los presencia, en impresiones científicas de hechos necesarios, que obedecen á ley, en relación constante con otros hechos ó causas, que quizá no se hallen en la superficie, sino escondidas ó lejos.

No será menester decir que ahí están comprendidas las faenas del erudito y las del hombre de ciencia; así, v. gr., si el testimonio que se utiliza es el de un chino, el observador, para colocarse en el punto de la imagen que transmite la lente objetiva, ha de saber chino; si el testigo se halla afectado de daltonismo intelectual, ó ineptitud para juzgar de ciertos matices, el observador debe enterarse de ese fenómeno y apli-

car su mente con el cromatismo contrario corrector, etc., etc. De todo lo cual se desprende cuántas y cuán variadas dotes de inteligencia y de voluntad son necesarias para llevar á cabo las transformaciones antedichas; á esto agréguense las aptitudes ordinarias que requiere toda observación: curiosidad, paciencia, probidad, discreción en elegir. Las aplicaciones de la observación á los fines particulares de cada ciencia, exigirán, aparte, una técnica especial, que no han podido contener hasta el presente las metodologías históricas.

El oficio, por lo que se ve, no es nada fácil: á la impertubable serenidad de ánimo para no dejarse impresionar por lo sensible ó emocional de los acontecimientos, es difícil llegar. Y en eso me parece que estriba la esencial diferencia entre la historia arte y la historia estudiada con intentos científicos: en aquélla se ha de sufrir y expresar la impresión sensible del suceso, si no con los horrores y el apasionamiento que la próxima realidad causa, al menos con la viveza que la imagen concreta y particular produce, sin generalizaciones ni vagueda-

des; el arte se ha de dirigir á todo el mundo y ha de entrar por los ojos de la cara; la ciencia es visión abstracta y sublime de que pocos pueden disfrutar.

No obstante, como no puede hacerse de la historia un coto cerrado, allí acude todo bicho viviente á buscar lo que le agrada; de ahí la necesidad de una policía especial que evite embrollos y confusiones; no es casa particular, es vía pública, y por tanto lugar á donde va á parar lo que sobra de todas partes. Es preciso pues un orden.

El humano entendimiento ha visto que el efecto es en cierta manera posterior á la causa, y ha escogido, como el orden menos caprichoso en la historia, el de sucesión ó el de coexistencia; es la precaución más elemental para sugerir la dependencia de causa y efecto ú otras posibles relaciones. Se arreglan, pues, los sucesos por el *tiempo* y por el *espacio*. Y he ahí explicada la intervención del *espacio* y del *tiempo*, sin más transcendencia para mí, digan lo que quieran los que imaginan el *tiempo* y el *espacio* como entes distintos de las cosas mudables y extensas: para investigar las causas que

produjeron la oratoria política y forense entre los griegos, no han de buscarse en las imbéciles ocurrencias de un salvaje del centro de Africa, mil años después.

Ciertas materias jamás se prestarán á ser observadas en la forma que hemos expuesto (los microbios no se miran con un catalejo); esas tales no podrán ser objeto de la historia; el entendimiento humano las puede observar en otras mejores condiciones, por ofrecerse de un modo inalterable y siempre las mismas, aunque en realidad cambien ó muden, pues cualquiera que sea el cambio no altera esas relaciones, v. g., las relaciones interiores de un triángulo rectángulo, las cuales son siempre las mismas, sean las dimensiones de un milímetro por lado, sean líneas tan largas como la distancia de la tierra á la más lejana nebulosa. Esas verdades y otras parecidas no han ofrecido interés histórico ninguno, si no es el hecho de haberlas percibido ó expresado.

Sin embargo, no conviene apresurarse en fijar atolondradamente los precisos límites á que puede llegar la observación histórica, porque nos exponemos á error sin uti-

lidad ninguna. No habrá interés, v. g. en saber que el hombre hace mil años comía y dormía: es realidad supuesta, que no ha de investigarse; pero indudablemente no es inútil averiguar de qué clase de objetos se alimentaba, su valor con relación al trabajo, el grado de habilidad ó arte que exigía obtenerlos, etc., etc.; no adelantará con esa investigación tal vez un paso, la fisiología; mas no hay que cerrar la puerta á otras esperanzas de progreso. La historia es inmenso campo á donde la humanidad acude para dejar observaciones á medio hacer, con el fin de que otros las terminen. Comenzarían hace treinta, cien siglos; no se acabarán nunca.

De ese trabajo precientífico de observación se han nutrido algunas ciencias y se nutrirán otras, especialmente aquellas que pueden aprovecharse de las observaciones directas sobre la compleja realidad, v. g., lo político, lo social; á la historia acuden, como campo exclusivo, aquellas disciplinas que, no pudiendo utilizar la experimentación, se valen de multitud de observaciones acumuladas de largo período; y por haberse

fraguado en el seno de la historia, se han podido confundir con ella. Es fácil sufrir esa ilusión: mientras el feto vive en el claustro materno, de fuera no se distingue más que un solo individuo; cuando sale á luz y se rompe el cordón umbilical, ya son dos individuos diferentes. Los hijos de la historia, para que el mundo no los juzgue hospicianos, han querido llevarse el apellido de la madre; eso han intentado la política, la psicología y la sociología. En especial, los sociólogos de esta edad, participan de esa ilusión cerrada, sin pensar que si el hijo lo recibe todo de la madre, la madre tiene otros hijos á quienes cuidar y atender. Este juicio de los sociólogos es la confesión implícita de que su ciencia no ha roto todavía el cordón umbilical; y verdaderamente las investigaciones sociales no tendrán vida propia hasta que se separen de su madre: ya se oyen clamar voces muy autorizadas diciendo que las investigaciones sociales no serán científicas hasta que no descarten su elemento social propio, es decir, el fenómeno particular que debe ser el objeto de su estudio.

Es pura simpleza creer que la sociología sea historia, sólo porque la mayor parte y los más interesantes fenómenos de la historia sean sociales; siguiendo ese criterio, la psicología debiera ser también historia, porque todas las acciones humanas ofrecen su aspecto psicológico; sería lógica, pues toda acción exige pensamiento, y ese pensamiento, ley; sería economía, porque todo hecho presenta su especial matiz económico; sería física y fisiología, porque el hombre y muchos de los seres que le rodean están sujetos á las leyes de ambas; y, en fin, hasta sería *ontología*, porque todo aquello de que trata la historia son *entes;* me figuro. La historia ni es sociología estática ni dinámica, aunque ambas hayan necesitado incubarse en el seno de la historia.

Decir que ésta no estudia los hechos de repetición y sólo estudia los de sucesión, me parece también error vulgar: los que eso afirman hanse visto precisados á separar del contenido de la historia los hechos de sucesión que son muy regulares, v. g., los astronómicos, sólo porque ha llegado á percibirse su regularidad y constancia, la cual

ha dado motivo para que tal saber se considerase ciencia de lo coexistente, como el crecer de los animales y plantas que tienen corta y regular evolución; únicamente creen propio de la historia las series de escuelas artísticas, las instituciones, etc., es decir, aquello cuya evolución no se ha visto clara todavía. Yo creo que algunas de estas materias pertenecen aún á la historia porque se hallan en estado de observación, y se vislumbra que mediante ésta podrán ser científicas en algún tiempo; es decir, una materia no entra en el contenido de la historia por la naturaleza del objeto que se estudia, sino por su estado de observación. Cuando rompan el cordón umbilical esas disciplinas, se desprendan y reconozcan su personalidad, entonces puede ser que renieguen del apellido y aun del parentesco de su madre.

La tendencia á confundir esos estados es efecto particular de espejismo de perspectiva. El observador positivista, positivo, ó como se llame, que se ciña exclusivamente á su posición frente á los hechos, no verá más que lo próximo, reduciendo la explica-

ción á la parte más sensible de los fenómenos materiales; en cambio el filósofo ó metafísico que no baja nunca de las nubes, de lo abstracto, no ve más que desaforadas y locas generalizaciones; para unos, todo observación; para otros, todo filosofía; por eso menudean las más extravagantes filosofías: la de la historia, la del derecho, la de la política; y día llegará en que tal vez amanezca la honda filosofía que se desprende de la estática postura de un pescador de caña.

Creo haber expuesto ya en las anteriores páginas las ideas principales que he formado acerca de lo científico de la historia. Lo que me falta decir son ya meros corolarios; no obstante, tal vez me ofrezcan ocasión para aclarar algunos puntos que han quedado en la penumbra, por no haber tenido la destreza necesaria para proyectar sobre ellos más luz ó claridad.

IX

Lo científico en la Historia

Observadores y eruditos.—Lo que se debe hacer.—Lo que se debe evitar.—Las escuelas.

Aunque la historia no pueda llegar nunca á constituir una ciencia, indudablemente la posición de los hechos que estudia determina un especial procedimiento de observación científica, una profesión cuyas labores hemos fijado en breve fórmula en el artículo anterior (1). Pero algunas de esas labores pertenecen á la técnica común de todo aquel que se dedica á la investigación de la realidad pasada, ya sea con miras científicas, ya sea con fines artísticos, ya sea buscando en la historia ejemplos de experiencia para la conducta actual ó futura. A todos intere-

(1) Páginas 117 y 118.

sa conocer la verdad de lo ocurrido; mas el aspecto por el cual ha de mirarse, debe ser distinto, según el fin especial que se lleve al estudio de la historia: sería necedad insigne someterse á escrupulosísima técnica para producir historia-arte; sería tonto sudar como un carretero para inquirir una verdad que no importa al objeto que uno se propone: para lograr efecto estético, no es preciso penetrar en las profundidades del conocimiento científico; se llega fácilmente á la impresión sensible de lo real en su complejidad viva, sin las análisis, abstracciones ó generalizaciones que dejan á la realidad despojada de su atractivo sensible.

Para la historia-experiencia tampoco es necesario llegar á la científica depuración: la razón práctica no tanto se atiene á la generalización científica, cuanto al hecho individual; no comercia mejor el que sabe la relación abstracta de los fenómenos económicos, sino el que conoce el campo particular de sus operaciones y el efecto particular de su acción personal en el momento preciso de la obra.

Conviene, pues, determinar bien estos

fines, porque la observación científica, como tal, ha de tener una técnica exclusivamente suya: en toda obra humana ha de haber adecuación entre los medios y el fin.

La historia-experiencia tiene finalidad práctica semejante á la de los estudios de Medicina, en la cual se trata de aplicar á un caso concreto el conocimiento de lo ocurrido en otros similares, teniendo presentes los efectos que en ciertas situaciones morbosas han producido ciertos remedios ó causas; así se ha formado, por el estudio de la historia política, un caudal de conocimientos de gran interés para políticos y gobernantes. Pero la historia científica, no; es, por decirlo así, una profesión con fin teórico, cuyo objeto no consiste en hallar una fórmula práctica ó norma de conducta, sino descubrir los principios abstractos ó leyes por que se rigen los hechos que investiga. El carácter distintivo de la historia estudiada con fines científicos ha de ser la cuarta operación que señalamos en el artículo anterior, á saber:

«Transformar la impresión de contingencia, de accidente fortuito, que producen los

hechos en el ánimo de quien los presencia, en impresiones científicas de hechos necesarios, que obedecen á ley, en relación constante con otros hechos ó causas.»

Para ello hay que ver en los hechos pasados lo que el testigo no vió: el testigo percibe lo individual; si éste, en los hechos que presencia ó narra, viese el cumplimiento de una ley, ó la realización de un principio averiguado, sería ya inútil la observación. De modo que si ha de formarse conocimiento científico por el estudio de lo pasado, es preciso que la impresión del testigo sea transformada.

Además, á primera vista juzgaránse como faenas comunes á observadores y eruditos las tres operaciones primeras que indicamos, en las cuales parece que ambos oficios se confunden en uno solo; pero mirando atentamente los fines, veremos que ha de hacerse distinta aplicación; hay que aplicar la lente objetiva para la observación científica de lo pasado, de modo más escrupuloso, reduciendo el campo á lo que se ha de ver en la lente transformadora. En una palabra: la observación histórica hecha con

miras científicas, ha de utilizar métodos especiales, distintos de los empleados para la historia vulgar.

Sucede respecto de lo pasado lo mismo que ocurre en lo presente: todo el mundo que tenga ojos en la cara, puede ver las mismas cosas en la realidad sensible que nos circunda; mas el pintor, para su oficio, se fijará de modo muy especial en lo que crea más pintoresco; el hombre práctico se fijará en lo más útil; el científico se fijará de manera especialísima en el aspecto de los fenómenos que sean más aptos para su labor intelectual. Ninguno de ellos coincidirá con los otros.

Supongamos que un poeta, un labrador y un naturalista, pasean juntos por la pradera; los tres verán el mismo trozo de terreno, las mismas flores, la misma verdura del campo; la impresión material sensible es idéntica; pero el poeta, con rápida ojeada, se fijará especialmente en los variados contrastes de risueños colores, en la hermosura de lo verde matizado por azules y blancas florecillas, etc.; mientras el labrador mide con la mano la altura del heno con

que se pueden colmar los pajares, calculando por el trozo recorrido la cantidad de hierbas útiles para el pasto de sus vacas; y el hombre científico pararáse absorto á contemplar individualmente ciertas especies que se prestan á la investigación de algunas particularidades de la vida vegetal, sin acordarse de lo pintoresco ni de lo útil (1).

Y como lo pasado ó lo histórico, ofrece estos aspectos, en cierto modo semejantes á lo actual, será susceptible de los mismos estudios, aunque suelan confundirlos quienes no sean capaces de ver la diferencia.

Si la observación de la realidad actual obliga á los investigadores á una especial técnica exigida por las condiciones del objeto que se trata de investigar, igual razón milita para que suceda lo propio en el estudio de lo que ya pasó, cuya observación, por ser mediata y hecha en condiciones más difíciles, requiere más exactitud en los métodos. Si la inmensidad de lo que se puede estudiar de lo presente pide condiciones y saberes muy diversos, según la

---

(1) Recuérdese lo dicho en las páginas 78 y 79.

clase de fenómenos que se estudia y el aspecto que se ha de ver, con más razón lo pedirá el estudio de lo pasado, es decir, más dotes en el observador, más exigencias en los métodos. La poca claridad que en las inteligencias hay respecto á estas fundamentales ideas, da ocasión á que todas las maneras de proceder en historia se hallen confundidas en la práctica. Todos se figuran hacer faena científica, aunque se tumben, como la vaca, á rumiar en la pradera histórica.

Los métodos experimentales encontraron más facilidad de aplicación en las ciencias de la naturaleza: física, química, etc.; pero de éstas, transportáronse los métodos á otras ciencias acomodándolos á otros fines, v. gr., la biología. Así ha de ocurrir también en la historia; si ha de obtenerse conocimiento científico, preciso será aplicar al pasado métodos semejantes á los que se emplean en la observación de la realidad presente, aparte de las minucias técnicas que la especialidad impone.

Una de las primeras condiciones necesarias para que sea útil la observación, es que

el observador lleve un fin científico, concreto, preconcebido al hacerla, y á ése acomode su faena; nadie observa sin un fin hipotético ó real; sin él nada se hace; y sólo á él ha de ceñirse por el momento la observación, v. gr., determinar las condiciones en que se verifica un fenómeno ó examinar una de sus modalidades, etc.

Este fin exige á la investigación histórica procedimiento adecuado, aun en la más rudimentaria tarea del erudito. Se va á publicar un documento; ¿á qué fin inmediato se destina la publicación? ¿para saber las noticias que contiene? basta una transcripción escrupulosa de las palabras, supuesta anticipadamente la revisión crítica, etcétera; pero si de lo que se trata es de esa misma revisión crítica ó de una particularidad paleográfica, preciso es reproducirlo por fotografía; y aun quizá no baste eso, pues la imagen indirecta oculta matices del documento que sólo la vista del original denuncia; y aun quizá debiera verse el documento en el primer sitio en que se le encontró, habiendo sido un mal irremediable el transportarlo ó moverlo del lugar en que se ha-

llaba. ¡Cuántos monumentos han perdido su verdadera significación al ser trasladados á un museo!

Siendo, pues, lo principal en la observación científica el fin científico, parece natural que éste hubiera de determinar la profesión, es decir, que la clase de fenómenos que ha de estudiar el historiador, determinara la profesión; eso parece lo natural; pero, al presente, apenas ocurre tal cosa en los estudios históricos. En lo actual, un histólogo tiene á mano y puede estudiar los cerebros de casi todos los animales, y especializar la observación de ciertos fenómenos; mas en historia, es casi imposible haya quien pueda estudiar un fenómeno en la sucesión de varias civilizaciones ó pueblos; pues sería preciso que el observador fuera capaz de consultar directamente manuscritos chinos, indios, latinos, griegos, persas, árabes, etc., es decir, supiera tantas lenguas y manejara tanta diversidad de materiales históricos, cuantos pueblos y civilizaciones han vivido en el mundo. Y esto, supuesta la publicación de multitud inmensa de libros, documentos y monumentos. Si

se piensa que apenas hay pueblo del cual se tengan materiales abundantes recogidos, veráse cuán lejano está el día en que un especialista pueda acometer en tales condiciones ese estudio.

Para muchos fenómenos, sin embargo, eso es preciso, si se han de establecer verdades sólidas que necesiten esa confirmación general. Claro es, que no todos los asuntos requieren esas aptitudes de erudito en el que observa, y que la ciencia pudo en sus comienzos hacer afirmaciones generales, antes de agotar todos los medios de información, v. gr., generalizaciones biológicas, sin haber observado todos y cada uno de los animales del mundo; pero también es verdad, que mientras se contaban mentiras de animales fabulosos existentes en países desconocidos, el hombre no ha podido afirmar en conciencia y de un modo resuelto muchas de esas verdades científicas.

Nos vemos, pues, delante de dos exigencias, difíciles de reunir en una persona, para determinar la profesión de los historiadores: 1.ª La preparación científica especial necesaria para la observación de un

orden de fenómenos; 2.ª La habilidad técnica peculiar que requiere la observación indirecta (ó histórica).

Para asomarse con esperanza de éxito á la lente objetiva, á fin de estudiar un orden determinado de fenómenos, es preciso que el observador sea á la vez erudito.

Ser erudito en todos los ramos de la erudición histórica y al propio tiempo observador científico en toda ciencia, es imposible de todo punto. ¿Qué es, pues, más fácil: ser erudito en muchas lenguas y literaturas y al propio tiempo observador de un solo orden de fenómenos, ó ser erudito en una sola y observador en muchos órdenes de fenómenos? O más claro y concretando: ¿es más fácil adquirir habilidad técnica necesaria para el manejo directo de obras chinas, indias, persas, griegas, romanas, etc., juntamente con el arte de observar un fenómeno económico, ó ser, v. gr., arabista capaz de manejar con desembarazo libros y documentos árabes y al propio tiempo ser hábil en observar todo fenómeno de toda clase de ciencia, psicología, moral, política, etc., etcétera?

La observación histórica nos pone en ese compromiso. El que adquiere habilidad para asomarse á la lente objetiva, á fin de observar los hechos transmitidos por documentos árabes, es muy difícil que sepa abstraer las verdades científicas de todo orden: eso equivaldría á ser *especialista en toda ciencia;* y el que adquiere la habilidad para ser especialista en un orden de fenómenos, es dificilísimo que pueda enfocar la lente con erudición de todos los tiempos.

La generalidad quizá se decidiese por afirmar que es más fácil ser observador de todo y erudito en un ramo solo, que lo contrario, es decir, ser observador de un solo fenómeno y erudito en todo. Yo me voy por lo inverso, tengo por más fácil ser erudito que observador, aun de la realidad presente; ¿cómo no he de pensar, pues, lo mismo respecto á la realidad vista á través de aquel instrumento ideal de la historia? Si el presentir verdades nuevas en la realidad viva que tenemos delante de nuestros ojos, sólo es de entendimientos raros ó excepcionales; ¿cuánto más difícil no ha de ser encontrar lo nuevo en una realidad

muerta y lejana que ya pasó, vista á través de aparatos que dan imágenes indirectas, borrosas, mancas y desfiguradas? Es absolutamente imposible adquirir talento y aptitudes para la investigación científica de muchas clases de fenómenos; es más fácil ser erudito en muchas lenguas.

El vulgo de los intelectuales se decide por lo contrario, porque no sabe apreciar las cualidades de un regular observador; nadie se cree incapaz de observar fenómenos en todos los terrenos; por eso se ven multitud de historiadores eunucos que se consideran á sí mismos hábiles para observar, no sólo lo político, sino lo económico, lo jurídico, lo psicológico, etc., siendo incapaces de observar científicamente á su alrededor un solo fenómeno. Viven con esa ilusión: se les figura que hay dificultad grandísima en servirse de códices antiguos, leer griego, persa ó árabe, y no ven que observadores verdaderos aparecen muy contados. Como no se ha escrito lo técnico de la observación, piensan que á ninguna ley, si no ea ls capricho, hay que sujetarse: nadie infringe el código de la observación que no está escri-

to. Un catedrático de la Universidad de Madrid no se avergonzaba de confesar que ignoraba el alemán (¡cosa muy difícil!); pero en cambio vanagloriábase de poseer tal instinto de adivinación científica, que se enteraba de todo cuanto decían los autores alemanes, con sólo hojear sus libros. Aquello me pareció estupendo; yo tenía la creencia de que ocurre todo lo contrario: hay muchos alemanes que saben bien su lengua, y no entienden á Kant; ¡y nuestro hombre entendía á Hégel en alemán, sin saber alemán! ¡Nación feliz la que tales maestros mantiene!

No es fácil fingir erudición china, sánscrita, árabe, griega, etc., sin exponerse á que los discretos descubran la mentira; en cambio muchos mienten el talento de observar sin que nadie les contradiga, ni siquiera dude.

Conozco á muchos que saben griego, hebreo, árabe, latín, alemán, etc., que se dan tono de lingüistas, etc., y dudo que sepan observar científicamente el fenómeno más sencillo que á su alrededor se verifica. Andan por el mundo multitud de paleógrafos y

eruditos que no saben lo más elemental de la observación, ni aun han formado clara idea de lo que es el conocimiento científico.

El que desee probar sus aptitudes de observador histórico, que haga las primeras experiencias estudiando los fenómenos presentes; pues siendo más asequible lo directo que lo indirecto, en seguida se enterará. Sin embargo, se procede en muchas ocasiones al revés: hay majaderos que no saben lo que pasa en su propia familia y se dedican el estudio de la familia china, de la familia árabe y hasta de la familia primitiva ó prehistórica; sujetos á quienes la realidad directa no les dice nada, imaginan ver en lo histórico cosas muy curiosas y profundas. La imaginación desarreglada ve en la historia lo que no hay ni nunca ha habido; y lo que hay no lo ve.

Conviene, pues, decir que la mejor disciplina para el observador en historia, es la de acostumbrarse á observar lo actual. Recuérdese que en éste se procede en muchas ocasiones por modo indirecto y han de emplearse idénticos métodos, bien que los me-

dios críticos y las informaciones estén con más abundancia á merced del observador, y, por consecuencia, se puede por distintas vías comprobar mejor la realidad y significación de los hechos.

En lo actual se distingue perfectamente la diferencia que existe entre *enterarse* de las cosas y *observarlas:* son muchos los que se enteran de casi todo lo que á su alrededor sucede, sin ser observadores científicos: *observar* es tomar posición de espíritu muy especial, que á pocos hombres les es dado conseguir y sólo en ciertas circunstancias. En historia apenas se comienza á tomar posiciones de observador.

Aun se lee en algunos libros la clasificación de lo *interno* y *externo* en historia, con lo cual imaginan haber encontrado una fórmula científica que indique á los hombres lo que consideran más digno de estudio. En la observación científica todo es *interno*, aun respecto de fenómenos de que todo el mundo se cree enterado; tras lo más evidente y sabido se oculta la ley que lo rige: toda la humanidad se había enterado de que las cosas pesaban, muchos siglos antes

de saber que obedecían al principio de la atracción universal.

Como en historia la primera dificultad con que se tropieza es la de enfocar bien con la lente objetiva, se nos figura que ésa es la mayor, vencida la cual, todo es llano y hacedero; se nos figura que el esfuerzo decisivo y principal está en la especialización del erudito; con saber árabe, chino, griego, etc., leer códices antiguos, entender rarísimas escrituras y vocablos, ya se ha logrado todo; sin pensar que el árabe lo saben muchos millones de hombres, y ha habido millones y millones en varias épocas; chino, lo saben en la actualidad centenares de millones de individuos que leen y entienden á Confucio; y, sin embargo, de nada aprovecha tanta gente para la más simple observación científica en la historia de aquellas naciones. Al ver que á un europeo le cuesta trabajo ímprobo ponerse en condiciones de averiguar la verdad de lo pasado, primer momento de una serie de operaciones cuyo final es la observación científica, se aprecia inusitadamente al erudito que las logra, sin pedirle nada más.

De ahí deriva el aprecio extraordinario al técnico tonto, que sabiendo leer no sabe observar; los que leen borrosas medallas, descifran alguna enrevesada inscripción antigua, saben gramática de lenguas muertas, etcétera, son creídos grandes hombres, aunque sean una calamidad científica. Y ése no es error vulgar; es el sentir más generalizado en doctas academias dedicadas á tales asuntos. He podido notar el fenómeno de fetichismo ó idolatría de la especialidad del erudito: en una comunicación oficial en que se me celebraba como arabista, prodigándome desmesurados elogios como tal, se desdeñaba la única observación científica de que yo pudiera alabarme. Celebrábase como gran mérito y saber, lo que millones de hombres saben en la tierra mucho mejor que yo, y desprecióse lo único original de observación científica que tuve la suerte de llevar á cabo.

El escribir lo que ahora escribo acerca de lo científico de la historia, por poquito que valga, tiene á mi juicio más valor científico que todo cuanto hasta el presente he trabajado en materia de arabismos; pero estoy

seguro que muchos, los cuales estarán dispuestos á ponderar, en cierto modo, la fácil habilidad de leer los garabatos de la escritura arábiga, tomarán esto como entretenimiento caprichoso. ¡El noble arte de conjugar *cátala, cátalat*, constituye para ciertos intelectuales el sumum del saber. Son muchos los que no han vislumbrado siquiera la aplicación científica de las investigaciones históricas, y á quienes sólo estimula lo *curioso*, extasiándose ante un manuscrito del siglo XIII en que se diga que tal año y en tal ocasión el rey D. Jaime se comió una tortilla! ¡Qué curioso!: ¡ya se usaban entonces las tortillas!

Aun para los oficios históricos de construcción de relatos, que es la materia bruta que algún día convendrá tener presente para la observación científica, la faena del erudito es considerada por muchos como tarea de peón de albañil, consistente en acumular materiales, los cuales, artísticamente trabajados, puedan entrar en la edificación histórica.

Para la observación científica en la historia, es preciso elaborar de manera no tan

mecánica los materiales; pero esa mayor perfección no podrá lograrse, sin que los eruditos sean al propio tiempo, y de algún modo, científicos observadores. En historia los datos que se utilizan suelen ser los escritos y consignados por no se sabe quién, en condiciones desconocidas; en muchas ciencias no se aceptaría eso; mas la historia no tiene otros; hay que pesarlos, pues, con escrúpulos muy finos y sutiles. Los relatos, los documentos y actas oficiales, á los que se da más crédito, se redactaron y escribieron por razones que no son científicas; lo literario, para agradar al público. Cuanto más en bruto han de sacarse los materiales, más habilidad y maña son precisos al observador para depurarlos.

Por eso se impone que el erudito tenga conciencia clara del fin de su tarea. Las causas de error en la observación, amanecen desde la primera faena del erudito, aun en el documento más fehaciente: 1.° pudo haberse trazado mal la escritura; 2.° pudo haber escrito cosa distinta de la que pensaba el que escribió; 3.° pudo haber expresado mal lo que en tal momento pasaba por

su mente, ó decir en broma lo que se nos figura que fué de veras. Y por ese camino se llega á lo que el testigo pensaba; falta aún averiguar si lo que pensó era verdad y hasta qué punto; y, de seguro, lo que dijo no es observación científica. Para orientarse en ese dédalo del primer momento de la investigación, es menester gran conocimiento práctico de la psicología humana, habilidad técnica, conocimiento profundo del fenómeno, de las circunstancias, lugares, hábitos, etc. Esto aparte de otras labores de erudición, como el averiguar procedencia, autor, fecha, etc., lo cual requiere análisis de escritura, lengua, etc., etc. Eso, suponiendo que el documento fuera original; porque pudo haber interpolación, añadidura ó notas marginales que se incluyeron, etc., etc., etc.

Un error, á veces insignificante, del erudito, echa á perder los resultados posteriores. Recuerdo á este propósito un hecho á mí sucedido, bastante á poner esto en evidencia. Hace medio siglo publicóse en la *Colección de documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón,* por don

Próspero Bofarull (1), el Registro de donaciones de Jaime I ó Repartimiento de Valencia, documento á todas luces interesante y precioso por muchos aspectos, y de autenticidad indudable. Llevado de mis aficiones, quise estudiarlo á fondo y, al efecto, extracté y escribí miles de papeletas. Después de muchas cavilaciones vínome la sospecha de que aquello estaba desordenado; y cuando tuve ocasión de ver el original me convencí: no sólo había errores de transcripción en nombres árabes y apellidos, sino que estaba desdichadamente encuadernado con pliegos y hojas trastocados y revueltos. Rompí las papeletas y abandoné la investigación: ese documento no debe utilizarse, si no se estudia previamente y se ordena y se publica de nuevo; desde entonces, para mí, como si no se hubiese publicado; aun peor, los errores se han filtrado en cien trabajos históricos que han de purgarse.

El erudito ha de ser crítico, cosa no tan fácil; para algunos es imposible el tomar un

(1) Cito este caso, por tratarse precisamente de un erudito cuya memoria reverencio, jefe de una dinastía meritísima.

momento de la vida la posición crítica. Vénse manadas de crédulos que se fían de cualquier indicio; cualquier afirmación hecha con seriedad y tono resuelto les decide; creen á pies juntillas en la autoridad oficial, sobre todo si el documento es público ó auténtico. Por pereza de entendimiento ó por acabar pronto, déjanse arrastrar por la crítica ligera y nada filosófica de los tribunales de justicia: ¡como si el criterio científico fuese el convencional y curialesco de los escribanos!

El complicado mecanismo de la observación histórica, impone necesariamente, por imposibilidad de que un hombre ejerza todos los oficios, la división del trabajo; pero ésta no debe suponer separación de fines. La observación no puede ser eficaz, si antes no se proveen los laboratorios de la observación indirecta, con materiales é instrumentos adecuados que proporciona la técnica del erudito, como son tablas cronológicas, relatos circunstanciados, claves y estudios de diplomática, paleografía, epigrafía, lenguas sabias, numismática, estudios literarios, etc., es decir, los reperto-

rios metódicos á que se refieren Langlois y Seignobos, tablas de consulta para el observador que maneja el ideal microscopio histórico á que tantas veces hemos hecho referencia; mas todas estas cosas, que algunos creen mecánicas ó de pura curiosidad, sin finalidad científica, deben ir encaminadas y preparadas para esa última y más alta función, sin la cual casi todas ellas constituirían entretenimientos vanos.

II

Si en los saberes que se logran por observación *directa* de lo existente, es preciso, para lograr éxito, especializar esa observación, con doble motivo debe especializarse la observación *indirecta* de lo histórico, por ser ésta mucho más complicada y difícil; hay que adquirir habilidad técnica especial aplicada á la materia científica especial que se investigue en lo pasado, aparte de la habilidad técnica del erudito; pues así como el erudito que desee investigar el contenido de un documento griego de tiempo dado, de país dado y de materia dada, es menester que sepa descifrar los signos de la escritura griega de aquel tiempo, de aquel país, y comprender la acepción de las palabras en aquella materia, así también el estudio de cada fenómeno de cada ciencia exige, para ser observado, su peculiar habilidad.

Esta habilidad para percibir clara y dis-

tintamente un aspecto especial de los hechos, no se alcanza si, al enfocar en dirección científica, no se especializa el trabajo de los observadores, dedicándose cada uno de éstos al estudio de un sólo orden de fenómenos en un solo pueblo ó civilización; es preciso, v. gr., hacerse helenista, y, á la vez, psicólogo, para estudiar un orden de fenómenos psicológicos en la civilización de los pueblos helenos, es decir, hay que ser observador de un orden de fenómenos, y estar bien preparado en una rama de erudición.

Para que la observación sea eficaz, son menester: 1.°, monumentos, ó testimonios históricos, en disposición de utilizarse; 2.°, aptitudes morales é intelectuales, técnicas y científicas, del observador.

Para lo primero, hay que tener acumulados suficientes materiales; hay que poseer instrumentos y aparatos que hagan posible la observación científica en la historia. En esta parte, la faena histórica aparece inmensa, colosal: reunir monumentos, datos, relaciones, crónicas, documentos, etc., etcétera, de todo pueblo, de China, India,

Persia, Egipto, Roma, Bagdad, Bizancio, etc., etc., etc.; cuanto mayor número de materiales adecuados se obtengan, tanto más puede ensancharse el campo de la observación, más garantía y seguridad para las generalizaciones y, por consiguiente, mayor contraste y evidencia.

Para esas faenas preliminares, son menester, como para las grandes edificaciones humanas, multitud de acarreadores, de peones, de albañiles, de picapedreros, y hasta de arquitectos é ingenieros. Esos traen, amontonan y arreglan documentos en toda lengua, de todo país, con estudios y clasificaciones de toda calidad y objeto: inmenso trabajo de reunir, catalogar y coleccionar, al que concurren y concurrirán generaciones tras generaciones de todas las partes del globo. Si para el estudio provechoso de lo existente, han sido necesarias la comunicación y ayuda de los que trabajan, para completarse unos á otros, para comprobar los resultados, para no hacer faenas dobles ó inútiles sobre la misma materia, etc., etc., ¿con cuánto mayor motivo no lo serán para el estudio de lo pasado

donde la acumulación de materiales es lo único que puede sustituir con desventaja la observación directa?

Esa unión, esa acumulación sistemática en vista de un fin científico es aún muy difícil en la historia, por cuanto ese fin no se lo han podido proponer los hombres, sino después de haberse habituado á trabajar sin especial fin científico; pues sólo en esta edad comienza á vislumbrarse esa aplicación de los estudios históricos.

Sin embargo, no todo fenómeno exige que los materiales se hayan ido acumulando en grandísima abundancia; aunque sin claro fin científico, la humanidad ha trabajado mucho en el acarreo; y esto consiente el que se pueda comenzar, con esperanzas de éxito, la observación de algunos fenómenos.

¿Qué se debe hacer ahora para realizar ese fin científico?

Las tentativas prácticas llevadas á cabo modernamente en esa dirección nos pueden ir señalando la pauta á que deben sujetarse los trabajos para que resulten eficaces. Muchas faenas inútiles se ahorrarían los hom-

bres laboriosos, si se sujetasen á trabajar con adecuación al fin.

Lo primero es armonizar las faenas del erudito con las del observador; pues aunque aparezcan como varios los momentos en el trabajo de la investigación científica, el del mero erudito y el del observador, no quiere esto decir que puedan separarse de tal modo, que se hagan independientes entre sí; convendrá que el erudito no se desentienda del fin científico ó sea ajeno á él; y que el observador no desdeñe ni sea extraño á las faenas del erudito; al revés, el erudito, es necesario, para que se adecue en sus faenas al fin científico, que sea hombre de ciencia; y el observador, por su lado, para certificarse de que las operaciones preliminares del erudito se han llevado á efecto con la precisión y rigor escrupuloso que exige la averiguación de la verdad, es preciso que sea erudito.

Yo bien sé cuán vano es proponer fórmula técnica para organizar el trabajo y fijar el método y materias que es conveniente estudiar; porque cada cual trabajará según su gusto, disposición, situación particular

ó circunstancias que le rodean; pero, ¿quién sabe si alguna vez no será inútil el que se expongan ciertas verdades que den motivo á examen de conciencia, ó por lo menos exciten á marcar nueva línea de conducta que evite lo rematadamente necio ó contraproducente? ¿Cuántos peones históricos no arrastran materiales que, ó son inútiles para lo que se construye, ó los depositan en sitios donde es más difícil encontrarlos que en la propia cantera de donde fueron extraídos? ¿Cuántos infelices no hay, los cuales, imbuídos de una falsa y extravagante concepción de la sociedad y de la vida, ordenan de modo caprichoso, raro y necio, materiales que hubieran podido servir para otras aplicaciones no imaginadas por el que los reunió?

Al menos sería conveniente que cada cual se dedicara á aquello para lo que esté bien preparado: esto pide suficiente claridad de espíritu para comprender las propias aptitudes. Si uno se empeña en estudiar fenómenos sociales en lo pasado de un pueblo, y no sabe una palabra de lo que son tales fenómenos ¿qué ha de salir más que un pas-

tel? Si alguien acomete de improviso el estudio de hechos psicológicos, sin certificarse de su capacidad para el examen de tales fenómenos ¿cuál ha de ser el resultado, sino una necedad? La falta de adecuación entre lo que se sabe y lo que se trata de hacer, trae por consecuencia el fracaso, el malgaste inútil de actividad preciosa, la miserable pérdida de los esfuerzos más generosos.

Conviene que los eruditos mediten acerca de la finalidad científica que puedan tener sus estudios. Ellos, por ejemplo, tienen que clasificar monedas, estilos arquitectónicos, vestidos, escrituras, lenguas, manuscritos, actas notariales y hasta pueblos y civilizaciones; el hecho más sencillo ofrece gran complejidad y se presta á los más diversos estudios; el erudito en materia numismática que en las monedas sólo vea un objeto de valor que colecciona gente rica, hallaráse inclinado á clasificarlas por lo bien ó mal conservadas, por lo comunes ó raras, es decir, tendrá un criterio de clasificación conforme al fin que le guíe. Si él se propusiera estudiarlas como hecho económico, ya se fijaría más en la relación de valor y con-

diciones de los metales entre sí y con los objetos que se cambian; si como fenómeno político, estudiaría la relación de la potestad política con la moneda, y hasta las clasificaría con el fin de determinar la influencia de una dinastía ó una nación; si como fenómeno religioso, ya se fijaría especialmente en las leyendas más ó menos religiosas que en ellas se inscriben; si como fenómeno de imitación, formaría cuadros de derivación de los tipos que se han ido copiando ó diversificando, según las influencias artísticas, etc., etc.; es decir, que en el fin van en cierto modo indicados ó envueltos la marcha de los trabajos y el criterio de orden y clasificación.

Debe haber, pues, conciencia clara del resultado final que se busca. Ya se yo que en la práctica los hombres se determinarán por aquello á que la curiosidad les excite, ó que crean más importante, v. g., los grandes hechos políticos, las famosas campañas guerreras en los grandes pueblos y civilizaciones; que se decidirán por lo más fácil ó lo más directo, v. g., el conocer lo que han pensado los hombres, con preferencia

á lo que han hecho, porque lo primero se estudia más fácilmente en los libros que la antigüedad nos ha legado (los cuales algunas veces han contribuído á hacernos pensar que los antiguos obraron conforme á las máximas que dejaron escritas); que se resolverán á trabajar por lo que ven hacer á otros, pues el ejemplo cercano impulsa la imitación; ó por lo que más íntimamente les ataña, v. g., la relación de las proezas de sus paisanos, familia, tribu ó nación; y que muchos se irán á los trabajos de conjunto, repitiendo de mil maneras distintas los mismos hechos, haciendo ediciones aumentadas ó corregidas de materia mal averiguada y zurcida, que todos van copiando en la creencia de que con ello se hace científica labor, cuando lo que se busca únicamente es satisfacer exigencias de mercado ó inclinaciones mal sanas del espíritu.

Hemos de repetir que á la historia ha de acudirse con fin científico, para investigar solamente aquello á que no pueda llegarse por el estudio de lo actual; porque sería tonto buscar por caminos empinados, tortuosos, largos y difíciles, lo que por camino

corto, llano, fácil y seguro pueda lograrse: para generalizaciones que no se obtienen sino mediante el estudio de hechos históricos que exijan el transcurso de largo tiempo, ó el de varias civilizaciones en diversos tiempos; para el estudio de evoluciones lentas á que no alcanza la vida de uno ó varios hombres; para estudiar relaciones lejanas de los hechos (relaciones con lo antecedente y consiguiente) que en lo actual no se pueden abarcar, ó que el entendimiento humano no puede percibir (ó le es muy difícil) porque la visión directa de lo presente no permita tomar posición adecuada.

Hay que persuadirse, además, de que no se alcanzará fruto científico de la observación histórica, sin perfeccionar método, orden y criterio de los historiadores, acercándose cada vez más á procedimientos científicos en la preparación y estudio de las materias, v. g., formando series de fenómenos, ó estudiando los varios aspectos de uno mismo; para que en vez de acarreadores históricos que cambien de lugar bloque tras bloque, sin saber para qué construcción puedan ser útiles, haya hombres disciplina-

dos é inteligentes que busquen y amontonen materiales adecuados á perfeccionar ó terminar alguna observación que se halle madurada, ó á punto, ó en vías al menos, de ser científica.

Por un hecho observado en un solo punto, casi nunca se llega á conclusión científica; es preciso agrupar los del mismo orden: monografías de un grupo de hechos de la misma naturaleza; monografías de muchos hechos de distinto orden que se ofrezcan en un mismo punto y tiempo, para que se pueda observar la proporción interna de los varios elementos. Por eso me parece menos científico publicar un cartulario, que el reunir documentos de un hombre ó de una edad; menos esto, que un aspecto parcial. Porque ya se ha dicho: es bueno aislar los hechos para probarlos; relacionarlos, para comprenderlos.

La observación de un fenómeno no puede hacerse eficaz, si los cambios no se explican por las condiciones distintas; cuando se estudian fenómenos que no pueden aislarse, el observador ha de atender á las causas de los cambios, las cuales á veces están muy

lejos ó pertenecen á órdenes distintos de aquel que se estudia. Es preciso, pues, que el especialista tenga ilustración muy vasta.

En el momento en que se llegue al análisis profundo de lo más complejo, donde los varios efectos que causa la distinta proporción de elementos inseparables se perciba claramente y sin confusiones, es cuando la observación histórica será científica. Si en lo actual muchos no sabemos analizar ni estudiar el hecho social ó psicológico más sencillo ¿qué nos ocurrirá en la observación indirecta? Por más paleografías que sepamos, por más lenguas muertas que nos metamos en el cerebro, no llegaremos sino á saber lo que sabía, v. g., un notario del siglo XIII, del XII ó del I; si no logramos percibir en los documentos otra cosa que lo que el notario entonces supo, estamos aviados: sabremos explicar los hechos como el ignorante leguleyo del siglo XIII los explicó.

Si, pues, hay dificultad en nuestro espíritu de considerar separadamente los diversos aspectos de un fenómeno complicado, sin perder de vista su conexión, su unidad real y sus relaciones, todo esfuerzo que no

vaya en ese sentido retardará el aprovechamiento científico de lo pasado. Es la única dirección para lograr la abstracción científica, ó la generalización, ó como se la quiera llamar.

Aun más, sin eso no se llegará nunca á la reconstrucción deductiva, necesaria en historia, donde para muchos hechos faltan los testigos: unas épocas podrán ser aclaradas por el estudio bien realizado de los fenómenos de otra.

Llamo reconstrucción deductiva, á aquella operación de la mente, por la cual, dados ciertos hechos bien probados, se infiere la realidad de otros á que no alcanza la prueba testifical. Porque en los hechos pasados, como en los presentes, cabe plantear éste ó parecido problema: conocida la densidad de un líquido y lo que estaba sumergido el objeto, averiguar el peso de éste. No se llegará tal vez á esa precisión matemática á que se puede llegar en ciertos fenómenos físicos, porque lo espiritual se resiste al peso y la medida; pero cabrá la probabilidad, la aproximación acompañada de certeza ó evidencia.

Para la reconstrucción de ciertos hechos se necesita conocimiento muy vivo de las relaciones constantes de los fenómenos; y para conocerlas, hay que ser hombre de ciencia.

Yo aconsejaría á los que deseen ser observadores de hechos pasados, la práctica de la observación de los hechos presentes; de esa manera de lo fácil irían á lo difícil. La observación histórica no podrá comenzarla con éxito aquel que no sea capaz de analizar directamente los hechos que presencia. En la historia estudiada sin pretensiones científicas se ha tenido en cuenta esa verdad: para investigar la historia literaria conviene ser literato; para la política, político; para la jurídica, jurista, y así sucesivamente; por eso todos aconsejan que el historiador de conjunto sea á la vez filósofo, jurisconsulto, hacendista, hombre de Estado, geógrafo, naturalista, psicólogo y no sé cuantas cosas más.

Para lo verdaderamente científico no hay que apelar á lo estupendo y milagroso. En realidad lo que debe exigirse es un don solo (ni tan raro ni tan extraordinario), el don de simplificar, saber ver en lo más compli-

cado y revuelto, lo más sencillo; en lo más turbio y enmarañado, lo abstracto y limpio. Hasta que el entendimiento no ve eso, no empieza á observar verdaderamente.

No se crea, sin embargo, que ese don de simplificar consiste en no ver el fenómeno más que por un aspecto, con incapacidad para distinguir los otros, no; porque así como hay solidaridad de actos en un ser viviente, los hay en lo social; causas y efectos se cruzan y entrecruzan en los órdenes más diversos; hay que librarse de considerar un hecho aislado, como la causa fundamental de todos los otros.

Para adquirir esa habilidad de la simplificación, la primera faena ha de ser ponerse al corriente de los conocimientos especiales logrados en la ciencia particular de que han de formar parte las nuevas investigaciones que se trata de llevar á cabo. Y puesto que los hechos reales ofrecen complejidad de fenómenos, cuyos varios aspectos son objeto de estudio de varias ciencias, es conveniente, y en cierto caso preciso, saber esas otras ciencias cuyos conocimientos se relacionan.

Así como para hacer de la historia un fin

ú objeto del arte, es menester capacidad para distinguir lo estético ó lo hermoso (como el pintor ve en la naturaleza lo pintoresco); así como para ver experiencia en la historia es preciso que la estudie un hombre ducho en los negocios (y quien no sea eso no verá en ella el lado práctico); así también no verá en la historia nada científico quien, por su parte, no sea hombre de ciencia. Para estudiar con éxito los fenómenos de construcción mecánica en lo antiguo, es menester que lo haga un mecánico. (Eso, aparte de todas las demás condiciones de erudito, las cuales han de darse siempre por supuestas en todo observador.)

Esta preparación en las ciencias particulares suelen desdeñarla los eruditos que preconizan la dirección menos científica.

Pero si es bueno indicar el camino más corto y llano para perseguir con fruto una finalidad verdaderamente científica, no es menos conveniente avisar á los incautos que se meten por inestricables vericuetos, haciéndoles saber qué clase de faenas son inútiles ó malas, á fin de que no pierdan

ellos el tiempo y, lo que es peor, lo hagan perder á los demás.

Hay faenas que no deben nunca constituir el fin último de quien se proponga hacer estudios científicos de lo pasado, v. g., proponerse estudiar la sociología del hombre primitivo, ni del no primitivo, sin haber estudiado ú observado al hombre actual. Es fácil decir muchas mentiras acerca de lo que ocurrió hace cuarenta siglos, sin contradecir testimonio alguno.

Tampoco creo que deba proponerse, como fin, hacer una descripción general de lo ocurrido en las edades pasadas, como historia narrativa; esto podrá ser entretenimiento curioso, constituir quizá un repertorio cronológico, instrumento necesario para el observador; pero no es el fin científico, ni es científico siquiera, como no ha sido nunca científica una relación de viajes, aunque la haga el hombre más científico del universo; pues no basta para que una cosa sea científica, el que la haga un hombre científico; de lo contrario, el masticar del científico sería ciencia.

Es sencillamente tonto proponerse fin ex-

traño á la ciencia y decir que es científico, v. g., acudir á los hechos pasados para probar una tesis no sacada del estudio de los hechos mismos, sino forjada por el interés personal ó la pasión de secta ó partido. Forzando la interpretación de los hechos se ha llegado á descubrir una naturaleza humana que no ha existido jamás, y se ha dificultado por medio de fábulas, hasta el conocimiento científico de lo existente. Ciertas amistades platónicas con falsas edades pretéritas, ciertos cariños arqueológicos, han tenido la virtud de transformar á ciertos eruditos, convirtiéndolos, de personas discretas, en eximios botarates.

Son muchos los que sacan de la historia lo que no hay. Para extraer esencia de muchas rosas frescas, que se palpan, que son reales, se trabaja mucho y á la postre se consigue extraer unas gotitas; en cambio con operaciones de la mente se puede sacar á montones todo lo que uno imagina; y quien tiene en la propia cabeza el grifo para hacer chorrar, no es difícil que suelte inundaciones de conceptos políticos, morales, etc., que no responden á nada verdadero y real.

Concebir la historia como tribunal que juzga de la moralidad, rectitud, etc., de los hombres pasados, es la negación del espíritu científico; eso no es más que la parodia ridícula del juicio final: oficiar de Dios que reparte á diestra y siniestra premios y castigos. *El tribunal inapelable de la historia* es una insustancialidad completamente incientífica. Medir por cantidades de dinero las pérdidas ó destrozos materiales causados por las inundaciones de un río, no es posición de observador para fenómenos de hidrodinámica.

Los hechos de los hombres podrán discutirse apasionadamente al tiempo de ejecutarse, cuando influyen de cerca en nuestra felicidad ó infelicidad; pero cuando se estudian con intentos científicos, es preciso despojarse de todo interés pasional. Algunos creen esto imposible: ¡como si fuera imposible estudiar el oro, olvidándose al propio tiempo de que es metal que sirve para las transacciones del mercado; como si no fuera posible mirarlo por otro aspecto que el del avaro!

Tampoco es científico proponerse resuci-

tar lo antiguo entero, vivo y moviéndose, y, cuando falten materiales, suplirlos con invención ó adivinación, no; el fin científico no es crear un ser viviente; pues aunque la ciencia pudiera ser útil para tales oficios, no es ése el fin directo de la ciencia; no es decir que sea abominable esa tarea, sino que no es científica, y nada adelanta la ciencia con tales aplicaciones. La historia no es cosa viva, sino muerta. Quede para el arte esa virtud de resucitar á los muertos.

Los hechos del pasado deben estudiarse como fatales; de todos modos, ahora es imposible hacer que sean de distinta manera de la que fueron.

Las hipótesis que se forjan acerca de lo que hubiera sucedido en el mundo, si tal hecho no se hubiera llevado á cabo, son gimnasias inútiles (cuando no envuelven la expresión indirecta de verdades probadas); tales proposiciones ejercitan al entendimiento en la mentira, la cual es disciplina poco á propósito para averiguar la verdad.

En resumen, los hechos pasados pueden estudiarse con idénticos fines que los hechos presentes; la historia, como la pradera

de que hablamos, puede servir para todo; si á la pradera puede ir el naturalista á estudiar la flora, el poeta para inspirarse en los colores de la primavera, el labrador para segar el heno con la dalla, y el ternero á juguetear, sin embargo, no deben confundirse con denominación común tales faenas; la vaca que tiende la barriga sobre la verde alfombra y rumia perezosamente, no hace el mismo oficio que el naturalista.

Mas lo que en la realidad presente nadie confunde, lo confunden muchos en el estudio de lo pasado ¡cuántos borregos insignes se figurarán hacer ciencia, rumiando perezosamente las noticias de lo pasado!

Esa confusión ha debido impresionar á los hombres de ciencia, y muchos deploran la anarquía que reina en tales estudios.

No hay que ponerse nerviosos porque los hechos del pasado sirvan para todo, como la antedicha pradera: á unos lo histórico sólo proporciona entretenimiento; á otros satisface curiosidad; otros buscan experiencia; otros motivos para novelar y reir; otros, como el poeta, van tras el interés de una acción que á todo el mundo impresione por

lo conocida; otros irán por argumentos de drama, etc., y, por fin, ¿no podrá servir de objeto para la observación científica? ¿Quién, si no está ciego, lo ha de negar?

Ahora bien, de lo que hay que cuidarse, es de tener suficiente discreción: el poeta que no venda su inspiración por ciencia; el que busque entretenimiento que no diga, ó no se crea, que busca utilidad, etc., etc.

Para evitar tales confusiones, lo elemental es que el observador y el erudito reflexionen acerca de estas cosas y no sigan rutinariamente en el tradicional embrollo.

La enseñanza actual es la que mantiene casi todas las necedades. La organización de los estudios históricos en la mayor parte de los países, y en España de manera especialmente desastrosa, perpetúa las supersticiones. De nuestras universidades ni salen críticos, ni investigadores, ni literatos, ni poetas: únicamente pueden salir estériles é infelices pedagogos de baja estofa, como verá el lector, si tiene paciencia para seguirme hasta el fin.

III

En las instituciones de enseñanza de la Historia, de todos los países civilizados, se notan las consecuencias graves que produce la falta de claridad de juicio, ó la confusión que reina, respecto de la aplicación científica de esos estudios, aparte de los defectos inherentes al desdichado criterio pedagógico sobre que se funda la organización de las escuelas. Sin embargo, no en todo país ni institución tales causas producen la misma intensidad de efectos; la discreción del público y de los encargados de dirigir ó de dar las enseñanzas, libra, á ciertas instituciones, de la esterilidad á que parecen condenadas.

En Inglaterra, por ejemplo, no se habrá formado una corriente de opinión bastante unánime acerca de las aplicaciones científicas que se puedan hacer de los estudios históricos, y faltarán, por consecuencia, instituciones de enseñanza que tengan esa espe-

cial finalidad; pero no reina la duda ó la anarquía en ellas; podrán discutir sus sabios historiadores y filósofos, sobre el valor de tales ó cuales teorías ó tendencias, mas no llevan éstas el trastorno á la enseñanza; las viejas instituciones inglesas siguen con bien definido criterio literario; el fin principal de su enseñanza es familiarizar á los jóvenes con los grandes historiadores clásicos, haciendo que los estudien directamente en los mismos textos, después de una preparación general y sintética, algo así como filosofía de la historia; nada de técnica, ni de menudas investigaciones de manuscritos ni documentos.

En las escuelas especiales de Francia y Alemania, las enseñanzas de la historia se dirigen, no á estudiar modelos, sino á iniciar á los jóvenes en los métodos de investigación y de crítica; se ciñen particularmente á lo técnico, á lo puramente erudito, parándose en los medios que han de conducir al fin. Eso significa reconocer en la historia una más clara finalidad científica.

En las escuelas de nuestra patria, ni la juventud se familiariza con los gran-

des maestros, estudiando directamente sus obras, ni se inicia en los métodos de investigación, ni se informa de lo que es la observación científica.

El vulgo de todas partes cree constituída una escuela, donde quiera se encuentre un pedagogo oficial que cobra por hacer como que instruye, sobre todo si las enseñanzas se certifican por títulos honoríficos que pongan en condiciones á los jóvenes para conseguir pronto un empleo, aunque sean incapaces de llenarlo cumplidamente. Yo creo al revés: yo creo que existe escuela en todo lugar donde hay uno que sabe, al lado del cual hay otro que aprende, aunque no conste en escrituras públicas; y no hay escuela donde consta en los papeles que hay maestros que enseñan y discípulos que aprenden, sin que tal hecho constituya una realidad: esto último es farsa ó ficción.

Bien es verdad que algunos de nuestros compatriotas sienten y proponen grandes ideales, pero también es verdad que, por ahora, los alcanzamos muy pobres.

Con mentir las apariencias no se logra la realidad. No es fácil imitar los progresos

que en otras partes se consiguen; nos ilusionamos creyendo que con traer aquí el reglamento de algún seminario histórico alemán, y poniendo aquí á un hombre donde allá hay un sabio, y unos chicos donde allá hay alumnos bien preparados, ha de resultar nueva institución modelo; si faltan el espíritu y la vocación que en otras partes determinan el nacimiento de nuevas instituciones, necesariamente han de faltar también la esencia y la vida de la nueva institución.

Si queremos que nuestras escuelas de estudios históricos respondan á un fin, es preciso definir bien ese fin y acomodar nuestra conducta á conseguirlo. Esto es elementalísimo.

¿Cuál es el fin que nos hemos propuesto al organizar las escuelas de estudios históricos en nuestra patria? ¿Formar poetas y literatos que tomen la historia por campo de ejercicio para su furor poético ó su habilidad retórica? Es evidente que no; porque no exigimos que las dirijan poetas y literatos que sobresalgan en tales ejercicios. ¿Hemos querido formar peones históricos ó

personas eruditas que arranquen materiales de las canteras donde se han estratificado nuestros documentos, y los pulan y aprovechen para construcciones nuevas? Tampoco; pues no se buscan por maestros á hombres verdaderamente duchos y ejercitados en esa labor de extraer de archivos, interpretar textos, estudiar ruinas y monumentos, clasificar medallas, etc., etc., etc. ¿Observadores científicos? Mucho menos, apenas nos hemos dado cuenta de las aplicaciones científicas que se puedan hacer de lo pasado.

¿Sobre qué base se han fundado nuestras instituciones de enseñanza de la historia? Sería difícil averiguarlo, si no fuese ya muy antiguo y corriente el sistema de enseñarlo todo sin saber de nada.

La generalidad no se ha convencido todavía de que en el mundo sólo hay una manera asequible y directa de enseñar: el ejemplo, es decir, el hacer bien aquellas cosas que deseamos sean aprendidas por otros: para enseñar á ser poeta sirven los poetas verdaderos y reales; á ser literato, los literatos que verdaderamente lo son.

Sabido es que el aprendizaje de casi to-

dos los oficios se verifica, en la mayoría de los casos, por relación simpática; al ver que otro ejecuta algo, piensa, habla ó siente, se nos mueve el prurito de hacer, pensar ó sentir. El hábito de hacer, necesariamente ha de adquirirse *haciendo;* el de pensar, *pensando;* el de hablar, *hablando;* el de sentir, *sintiendo;* y no en la actitud meramente pasiva, receptiva ó de repetición mnemónica, que imponen los métodos pedagógicos.

El que no sabe hacer una cosa, es muy difícil que sepa enseñar á ejecutarla; y el que sólo sabe *decir* cómo se ejecuta una faena, únicamente puede enseñar, de modo directo, á repetir de palabra cómo se ejecuta la tal faena, pero no á ejecutarla.

Mas en España (y en otros países civilizados que presumen de ir á la cabeza del mundo) se arreglan las cosas de muy especial manera: prescinden en las escuelas de estudios históricos, no sólo de los poetas y de los literatos, sino también de los eruditos y observadores, como tales: les basta con la faena del simple pedagogo.

Muy pocos se han convencido todavía de la siguiente verdad: ninguna escuela insti-

tuída con pura organización pedagógica es capaz de enseñar á ejercer una profesión, ni aun las escuelas más prácticas. Véanse, por caso, las escuelas de comercio. En éstas pueden enseñarse muchas lenguas vivas, mucha caligrafía, muchos cálculos, mucha contabilidad, economía, etc., etc. Supongamos, y es mucho suponer, que los alumnos aprendan todas y cada una de esas materias, hasta el último ápice. Ya está aprendido todo. ¿Han aprendido á comerciar? Ni una palabra: allí no se verifica ninguna operación de comercio (á no ser que se haya establecido el uso de vender las notas de examen). Entonces ¿para qué sirven todas esas disciplinas, si falta el arte ó la vocación comercial? Pues únicamente para enseñarlas á otros, y así indefinidamente, sin salir del círculo vicioso de la pedagogía.

Y lo que pasa en las escuelas de comercio, ocurre en las otras escuelas. ¿Qué de extrañar es que las escuelas de estudios históricos no produzcan realmente historiadores?

En las actuales españolas aun sucede cosa

peor. De nuestras facultades de Historia (ó secciones, como quieran llamarse) no pueden salir ni siquiera peones históricos ó eruditos, porque ni siquiera se enseñan pedagógicamente las disciplinas más elementales en que ha de instruirse el erudito, á saber, lenguas y paleografía.

Es verdad que las leyes obligan á los profesores á dar cursos de investigación, pero también es verdad que han de darse sin la menor práctica de lectura, ni traducción de textos ni documentos, ¡caso estupendo y milagroso! Claro es que los alumnos de tales maestros sólo aprenden á ejecutar operaciones de alquimia pedagógica, que consisten en investigar sin investigar. Y con esos hábitos se perpetúa la raza de los investigadores que no investigan, género neutro y extranatural, producido *naturalmente* por la pedagogía: la nulidad engendrando nulidades.

No ha de negarse que en España se estudian lenguas sabias y paleografía; pero ha de reconocerse que no se estudian en la sección de historia, sino en otra sección donde no se aplican, como instrumento ó medio

de investigación: así se estudian el sánscrito, el hebreo, el árabe, el latín y el griego, como se podría estudiar el chino ó el macololo, sin práctica finalidad alguna. Los más conspicuos profesores de lenguas creen haber llenado su misión, si logran que los chicos aprendan las gramáticas respectivas; y saber la gramática no es lo mismo que saber la lengua.

El resultado que se obtiene prueba la ineficacia monstruosa de esas instituciones: la agitación en el vacío, la cavilación huera del entendimiento, una cierta gimnasia inútil del alma que produce la ilusión del verdadero trabajo intelectual.

¿Y con qué clase de individuos y en qué forma se deben organizar las escuelas de estudios históricos? ¿Qué métodos de enseñanza se han de seguir, para alcanzar resultados verdaderamente científicos?

Aunque se separe del ordinario criterio y rompa con la vieja rutina pedagógica, no tengo inconveniente alguno en expresar con franqueza mi modo de sentir.

Si la historia no tiene de *científico* más que el ofrecer materia de observación, la

conducta de las escuelas necesariamente ha de obedecer á ese fin.

Para enseñar á observar científicamente lo pasado, son precisos los observadores, y para disponer materiales para la observación, hace falta que aquéllos sean eruditos. Los maestros, por consiguiente, han de ser eruditos-observadores. Convenzámonos de que sin observadores, no se pueden formar institutos de observación científica; por más Reales órdenes que se den, por más reglamentos y disposiciones que se acumulen, no saldrá un observador; los reyes, los ministros, las Cortes, podrán llenar de tinta las columnas de la *Gaceta*; pero no tienen poder bastante para sacar las cosas de la nada: con gente no dispuesta y sin disciplina, no se pueden alcanzar los efectos, que únicamente producen la habilidad y el saber organizados.

Anteriormente hemos dicho que observadores de todo fenómeno científico y eruditos en toda rama de erudición, no se encuentran en el mundo; ya podríamos contentarnos aquí en España con poseer hombres duchos en la observación de un fenómeno

científico, al propio tiempo que estuviesen bien preparados en una ó varias ramas de erudición.

El modo de transmitir directamente á otros la habilidad técnica y de suscitar en otros el instinto práctico ó el arte de la observación, ha de ser trabajando con los discípulos, asociándose en la misma labor.

Pero ¿cómo se ha de asociar en el trabajo con el maestro un discípulo que no esté suficientemente preparado? ¿Un hombre solo, el observador erudito, ha de enseñar prácticamente á todos los demás la complicadísima técnica de la observación histórica?

Si tal hiciera de continuo dejaría de ser observador y acabaría en pedagogo. Así como el jefe de un taller no se encarga de ordinario de todas las faenas, ni mucho menos de estar enseñando todo el día á sus aprendices y oficiales, sino que éstos se encargan de sus respectivas labores (en las que pueden superar al mismo jefe) y de corregirse y enseñarse mutuamente; así también en los laboratorios de investigación histórica, cabe y debe establecerse la división del trabajo. El observador que sabe la

finalidad científica á que se aplica la técnica, debe marcar el rumbo de los trabajos.

En estas condiciones, bajo la dirección del observador, el estudio de las lenguas sabias, se haría para la práctica de la investigación; el de la paleografía, para acometer, ó acometiendo inmediatamente, la lectura de los documentas originales, etc. No se haría el estudio abstracto de lenguas, ni de técnicas, sin objetivo alguno, sino aplicadas á una materia particular y á fenómeno conocido. El preparar á la juventud para todas las tareas, sin ejercitarla en ninguna concretamente, dando vueltas en noria vacía, es propio únicamente del infeliz pedagogo, el cual no se ha enterado todavía de que es imposible enseñar todos los oficios sin ejercer ninguno.

Cuando no poseemos hombres cabales para cada especialidad, ¿de dónde nos viene la ilusión de que podemos instituir enseñanzas de todo? Lo más que hemos logrado en ciertos casos particulares es sacar peones históricos: en lo intelectual nos sucede también lo que en ciertos ramos de la industria y comercio: nos honramos con ser comisio-

nistas ó peones ó capataces de sabios extranjeros: ¡cuántos no tuvieron por grande honor el pregonar las mercancías literarias de moda importadas de país extraño, ó proporcionar un pedrusco á Hübner, ó una nota á Dozy? Y no es que yo deteste las relaciones del comercio intelectual, Dios me libre; pero me duele que éstas sean casi siempre las de lacayo con señor; jamás las de señor con lacayo, ó al menos las de igual con igual.

Para librarnos de esa servidumbre, voluntaria ó forzosa, es preciso no ceñirse al papel de erudito, sino que hay que ser observadores; mas esto pide instrucción científica especial en las ciencias cuyos fenómenos propios se han de estudiar, condición de la que no se hace caso en nuestras escuelas de estudios históricos. La pura erudición conduce al arrastre inútil de materiales de un sitio á otro, dejándolos tan rudos y deformes como salieron de la cantera. Tan esencial, para mí, es la técnica histórica, como la instrucción científica: paralelamente á los estudios de mera erudición, han de ir los de las ciencias que se

nutren de esta peculiar observación histórica: de nada sirve conocer los hechos, si no hay cultura científica suficiente para interpretarlos.

La única esperanza de progreso está en que tales tendencias penetren en el ánimo del público, la iniciativa privada impulse, y los gobiernos las reconozcan, sustituyendo con nuevas las viejas instituciones, las cuales si no se transforman, han de ir hundiéndose bajo el peso de su propia inutilidad.

INDICE

Págs.

ADVERTENCIA PRELIMINAR..... V

I. ¿QUÉ ES HISTORIA?—En qué están de acuerdo los que tratan de estas materias y en qué hay divergencia de opiniones.—Del criterio que se tenga respecto á ciertos puntos fundamentales, se han de derivar diferencias en la definición..... 1

II. ¿ES CIENCIA Ó ARTE LA HISTORIA?—Tentativas para constituir la historia ciencia. No se ha llegado á la unanimidad de opinión. Yo creo que la historia nunca será ciencia. 13

III. DE LA HISTORIA COMO CIENCIA.—Crítica de las opiniones del Sr. Lacombe, el cual, al pretender constituir la historia ciencia, confúndela con la psicología..... 25

IV. LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA HISTORIA.—Crítica de las opi-

Págs.

niones del historiador rumano señor Xenopol, el cual sostiene que la historia constituye uno de los dos modos universales de concebir el mundo: el modo de sucesión.... 37

V. Las ilusiones científicas en la Historia.—Políticos, moralistas, psicólogos, economistas y sociólogos creen que la historia es la ciencia particular que ellos profesan. Algunos creen que la historia será ciencia cuando se apliquen á su estudio los métodos científicos. 59

VI. Lo pasado es como lo presente.—Los hechos pasados son de la misma naturaleza que los hechos presentes, pues aquéllos fueron presentes al tiempo de acaecer; son tan inmensos, tan individuales y tan contingentes como los actuales; y no se prestan á formar ciencia exclusiva..... 69

VII. ¿Por los métodos es ciencia la Historia?—Lo indirecto del conocimiento de los hechos históricos ofrece los mismos caracteres que lo indirecto del conocimiento de lo actual. Lo pasado sólo tiene de particular el ofrecer facilidades para que se conozca aquello que por la excesiva proximidad de lo actual no podemos ver bien..... 85

Págs.

VIII. ¿Qué tiene de científico la Historia? — En qué consiste el saber científico. La historia no tiene de científico sino el ser pura observación. Constituye un modo de observación científica de hechos lejanos. Operaciones de la observación histórica. Del trabajo precientífico de observación histórica se han derivado nuevas ciencias..... 97

IX. Lo científico en la Historia.—Observadores y eruditos.—Lo que se debe hacer.—Lo que se debe evitar. Las escuelas..... 127

MAY 8 1906

LIBRARY OF CONGRESS
0 018 497 102 1